

SANCTI ISIDORI HISPALENSIS EPISCOPI SOBRE LA FE CATÓLICA DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO CONTRA LOS JUDÍOS A FLORENTINA, SU HERMANA.  
(C)

Epístola dedicatoria. A la santa hermana Florentina, Isidoro. 1. Algunas cosas, que en diversos tiempos fueron anunciadas en los libros del Antiguo Testamento sobre el nacimiento de nuestro Señor y Salvador según la divinidad, o sobre su encarnación, también sobre la pasión y muerte, o sobre la resurrección, el reino y el juicio, he considerado oportuno presentar, dentro de las posibilidades de mi conocimiento, unas pocas de entre innumerables, 2 para que la autoridad de los profetas fortalezca la gracia de la fe y pruebe la ignorancia de los infieles judíos. Estas, por tanto, santa hermana, a petición tuya, te las he dedicado para la edificación de tu estudio, para que, al disfrutar contigo de la consanguinidad, te haga también coheredera de mi trabajo.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I. Que Cristo es engendrado por Dios Padre.

1. Los judíos, con una incredulidad nefasta, negando que Cristo es el Hijo de Dios, son impíos, de corazón duro, incrédulos a los antiguos profetas, cerrados a los nuevos, prefieren ignorar la venida de Cristo que conocerla; negarla, que creerla. Pues al que aceptan que ha de venir, no quieren reconocer que ya ha venido. Al que leen que ha de resucitar, no creen que ya ha resucitado.

2. Pero fingen no entender estas cosas porque reconocen que se han cumplido con su sacrilegio. Para refutar su perfidia, hemos reunido algunos testimonios del Antiguo Testamento, por los cuales puedan reconocer a Cristo de las naciones como engendrado por el Padre omnipotente, testificando él mismo: "Contigo el principio en el día de tu poder, en los esplendores de los santos, del seno antes del lucero te engendré" (Salmo CIX, 3). Del seno, es decir, de esa íntima e incomprensible sustancia del Padre, o de ese divino e inmenso arcano del pecho paterno, del cual el Padre engendrador eructa la buena palabra de su corazón.

3. Como él mismo dice en otro lugar: "Eructó mi corazón una buena palabra" (Salmo XLIV, 2). Y en otro lugar el mismo Padre dice: "Tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado" (Salmo II, 7). 3 Esto no se dijo de David, ni de ninguno de los reyes sucesores. Pues allí se añade: "Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra". Lo cual no se concedió ni a David ni a la nación de los hebreos, sino solamente a Cristo, cuyo nombre está difundido entre todas las naciones, a quien obedecen los reyes y sirven las naciones, como también está escrito de él en otro lugar: "Le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le servirán" (Salmo LXXI, 11).

4. Asimismo, Salomón, queriendo reconocer el nombre del Padre y el misterio del nacimiento de Cristo según la deidad, proclama en Proverbios con estas palabras: "¿Quién subió al cielo y descendió? ¿Quién recogió las aguas como en un vestido? ¿Quién estableció todos los confines de la tierra? ¿Cuál es su nombre, o cuál es el nombre de su hijo, si lo sabes?" (Prov. XXX, 4).

5. Este Hijo de Dios, al que el impío rey en Daniel contempló, dijo: "He aquí que veo a cuatro hombres sueltos, caminando en medio del fuego, y no hay corrupción en ellos, y la apariencia del cuarto es semejante al Hijo de Dios" (Dan. III, 92); a quien creemos fielmente,

y de ninguna manera dudamos que sea el Señor Salvador. Pero se objeta que en Daniel este Hijo de Dios también se llama ángel (Dan. III, 49). Estoy de acuerdo. Pues también Cristo, el Hijo de Dios, es llamado ángel. Así lo dice el profeta de él: "Vendrá a su templo el dominador, a quien buscáis, y el ángel del Testamento, a quien deseáis" (Malach. III, 1).

6. Cristo, en cuanto es engendrado por el Padre, es llamado Hijo de Dios; en cuanto es enviado frecuentemente por el Padre para anunciar a los padres, es llamado ángel. De quien también el mismo Padre testifica al legislador, diciendo: "He aquí que envío a mi ángel, que te preceda y te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que he preparado; obsérvalo y escucha su voz, no lo desprecies, porque no perdonará cuando peques, y mi nombre está en él" (Éxodo XXIII, 20).

4

7. ¿Quién es, pues, este ángel a quien Dios dio su poder y su nombre? Si se dice que es algún otro poder angélico, es un sacrilegio creerlo. ¿Quién en las nubes se igualará al Señor, o quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios? (Salmo LXXXVIII, 7). Pues quien no es igual en naturaleza, no puede ser igual en nombre. Él es el Hijo, quien siempre enviado por el Padre aparecía visiblemente a los hombres. Por lo tanto, por esa misma misión, correctamente se le llama ángel. Isaías, confirmando más claramente que el Hijo es engendrado por Dios, así lo anuncia: "Voz del Señor que devuelve retribución a sus enemigos" (Isaías LXVI, 6), a saber, a los mismos judíos que no creen: "Antes de que diera a luz, parió; y antes de que viniera su parto, parió un varón" (Ibid., 7).

8. Como si dijera abiertamente: antes de que la Virgen diera a luz a Cristo en la carne, el Padre engendró al Hijo en la divinidad, y antes de que llegara el tiempo del parto de la Virgen, el Padre lo engendró sin tiempo. Por eso dice más adelante: "¿Quién oyó jamás tal cosa? ¿O quién vio algo semejante?" (Isaías LXVI, 8). En verdad, porque nada semejante ha sucedido entre los hombres, ni algo parecido, y después de esto añade: "¿Acaso yo, que hago que otros den a luz, no daré a luz yo mismo? dice el Señor; y el que da generación a los demás, ¿seré yo estéril? dice el Señor" (Isaías LXVI, 9). Con todos estos testimonios, el infiel debe ser obligado a elegir entre dos cosas: o creer que Cristo es el Hijo de Dios, o considerar mentirosos a los profetas que cantaron estas cosas.

5 CAPÍTULO II. Que Cristo es engendrado inefablemente por el Padre antes de los siglos.

1. Si se pregunta cuándo o cómo el Padre engendró al Hijo, se responde: ¿Por qué se busca el tiempo en que el Hijo de Dios fue engendrado, si es eterno en su nacimiento? como está escrito de él: "Su salida es desde el principio, desde los días de la eternidad" (Miqueas V, 2). Y de nuevo: "Antes del sol permanece su nombre, y antes de la luna su trono" (Salmo LXXI, 17).

2. Pero también el Padre testifica que lo engendró antes del lucero, es decir, antes de todos los tiempos, lo que el mismo Hijo de Dios, la palabra, la virtud y la sabiduría, confirma sobre su nacimiento, diciendo: "Aún no existían los abismos, y yo ya había sido concebido, aún no habían brotado las fuentes de las aguas, aún no se habían asentado los montes con su pesada masa, antes de los collados yo fui engendrado; aún no había hecho la tierra, ni los ríos, ni los confines del orbe de la tierra: cuando preparaba los cielos, allí estaba yo; cuando con ley fija y círculo rodeaba los abismos; cuando colgaba los fundamentos de la tierra, con él estaba yo, componiéndolo todo" (Proverbios VIII, 24).

3. Por tal autoridad, se declara que el Hijo fue engendrado por el Padre antes de todos los siglos, cuando se sabe que por él fueron creadas todas las cosas. Se pregunta de nuevo cómo es que el mismo es engendrado, cuando los arcanos de su sagrada natividad ni el Apóstol dice, ni el profeta ha descubierto, ni el ángel ha sabido, ni la criatura ha conocido, testificando Isaías, quien dice: "¿Quién contará su generación?" (Isaías LIII, 8). Por eso, si su nacimiento no pudo ser narrado por el profeta, ¿quién profesará saber cómo el Hijo pudo ser engendrado por el Padre?

4. De ahí lo que se dice en el libro de Job: "¿De dónde vendrá la sabiduría? pues está oculta a los ojos de los hombres, y escondida de las aves del cielo" (Job XXVIII, 20); es decir, incluso desconocida para los mismos ángeles. También allí: "¿A quién se ha revelado la raíz de la sabiduría?" (Eclesiástico I, 7); es decir, el origen del Hijo de Dios. Por lo tanto, lo que está por encima de la inteligencia y el conocimiento de los ángeles, ¿quién de los hombres puede narrarlo?

5. Es evidente que solo el Padre sabe cómo engendró al Hijo, y el Hijo, cómo fue engendrado por el Padre. Si se busca la razón de engendrar al Hijo, ya que el Hijo no nace sino de dos; tenga, digo, el origen de tal género la condición caduca de los mortales; Cristo, en efecto, surgió del Padre como el resplandor de la luz, como la palabra de la boca, como la sabiduría del corazón.

### CAPÍTULO III. Que Cristo es Dios y Señor.

1. Después de haber declarado el misterio de la divina natividad de Cristo, demos demos luego, con ejemplos de las Sagradas Escrituras, que el mismo es Dios y Señor. Si Cristo no es Dios, ¿a quién se dice en los Salmos: "Tu trono, oh Dios, es eterno, cetro de equidad, cetro de tu reino; amaste la justicia y odiaste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría, más que a tus compañeros" (Salmo XLIV, 7)?

2. ¿Quién es, pues, este Dios ungido por Dios? Que nos respondan los judíos. He aquí que se dice que Dios es ungido por Dios, y ciertamente Cristo se muestra por esa unción, cuando se insinúa que Dios es ungido. Pues al oír que Dios es ungido, entiende a Cristo; Cristo, en efecto, se llama así por el crisma, es decir, por la unción. Este Cristo, bajo la persona de Ciro, rey de Persia, el Padre testifica que es Dios y Señor, diciendo: "Así dice el Señor a mi ungido, a Ciro, cuya mano derecha he tomado, para someter ante él a las naciones, y volveré las espaldas de los reyes, y abriré ante él las puertas, y no se cerrarán las puertas. Yo iré delante de ti, y humillaré a los gloriosos de la tierra. Romperé las puertas de bronce, y quebraré los cerrojos de hierro, y te daré los tesoros escondidos, y los secretos de los secretos, para que sepas que yo soy el Señor, que llamo tu nombre, el Dios de Israel" (Isaías XLV, 1).

3. En la persona de Ciro, Cristo es profetizado; donde le fueron sometidas las naciones en la fe, y los reinos. Además, porque en el reino de Israel no hubo nadie llamado Ciro. Si alguien cree que esto fue profetizado sobre Ciro, el rey de los persas, debe reconocer que es absurdo y profano que un hombre impío y dado a la idolatría sea llamado Cristo, y Dios, y Señor. Por eso, en la traducción de los LXX no se encuentra "a mi ungido, a Ciro", sino "Así dice el Señor a mi ungido, a mi Señor". Lo cual se toma especialmente en la persona de Cristo nuestro Señor.

4. Si Cristo no es Dios, que los judíos nos digan a quién se dirigió Dios en el Génesis, cuando dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". Así se añade: "Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó" (Génesis I, 26). Que busquen, pues, quién es el Dios que creó, o a imagen de qué Dios creó al hombre que creó.

5. Si responden, a la de los ángeles. ¿Acaso un ángel tiene una imagen igual a la de Dios, cuando la imagen de la criatura dista mucho de la de quien la creó? ¿O acaso un ángel pudo hacer al hombre con Dios? Pensar así es una gran demencia. ¿A quién, pues, se dice? ¿O a imagen de quién se cree que fue creado el hombre, sino a la de aquel que tiene una sola imagen con Dios, y un único nombre de divinidad?

9

6. También, si Cristo no es Señor, ¿quién es el Señor que hizo llover fuego en Sodoma desde el Señor? Así se dice en el Génesis: "Y el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego desde el Señor" (Génesis XIX, 24). En esta sentencia nadie duda que hay una segunda persona. Pues, ¿quién es ese Señor desde el Señor, sino sin duda el Hijo desde el Padre, quien siempre acostumbraba a ser enviado por el mismo Padre para descender y ascender? Con este testimonio, se demuestra claramente tanto la deidad como la distinción de personas del Padre y del Hijo.

7. También, si Cristo no es Señor, ¿de quién dijo David en el salmo: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies" (Salmo CIX, 1)? Pues aunque Cristo según la carne es hijo de David, en espíritu, sin embargo, es su Señor y Dios. Si Cristo no es Señor, ¿de quién dijo David en los libros de los Reyes: "Dijo el varón, a quien se le confió sobre el Cristo de Dios de Jacob, el excelente salmista de Israel: El Espíritu del Señor habló por mí, y su palabra por mi lengua" (II Reyes XXIII, 1)?

8. También, si Cristo no es Señor, ¿quién es ese Señor de los ejércitos que es enviado por el Señor de los ejércitos, diciendo él mismo en Zacarías: "Así dice el Señor Dios de los ejércitos, después de la gloria me envió a las naciones que os despojaron. Porque el que os toca, toca la niña de su ojo. Porque he aquí que levantaré mi mano sobre ellos, y serán presa de aquellos que les servían, y conoceréis que el Señor de los ejércitos me envió" (Zacarías II, 8)?

9. Mira ahora de quién es esta voz, sino del Salvador, porque el Dios omnipotente testifica que fue enviado por el Padre omnipotente. Fue enviado a las naciones, después de la gloria de la Deidad, que tuvo con el Padre, cuando se despojó a sí mismo, y tomando forma de siervo se hizo obediente hasta la muerte (Filipenses II, 7).

Quien también en lo siguiente habla, diciendo: "Alégrate y regocíjate, hija de Sion, porque he aquí que vengo, y habitaré en medio de ti, dice el Señor, y se unirán muchas naciones al Señor en aquel día, y serán mi pueblo, y habitaré en medio de ti, y sabrás que el Señor de los ejércitos me envió a ti" (Zacarías II, 10).

10. ¿Quién es, pues, ese Señor de los ejércitos enviado por el Señor de los ejércitos, sino el mismo Señor Jesucristo? Resta hablar del Espíritu Santo, de cuya deidad así dice Jacob: "Y porque el espíritu de Dios es, el espíritu del Señor me hizo, y el aliento del Omnipotente me vivificó, he aquí que a mí, como a ti, me hizo Dios" (Job XXXIII, 4). Pues de quien dijo: "El espíritu del Señor me hizo", de él mismo añadió: "He aquí que a mí, como a ti, me hizo Dios", para mostrar que el mismo Espíritu es Dios.

## CAPÍTULO IV. Sobre el significado de la Trinidad.

1. Está claro en los escritos del Antiguo Testamento que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Dios. Pero de aquí, estos no consideran que el Hijo y el Espíritu Santo sean Dios, porque en el monte Sinaí oyeron la voz de Dios tronando: "Escucha, Israel, el Señor tu Dios, Dios uno es" (Deuteronomio VI, 4); ignorando que en la Trinidad hay un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y no tres dioses, sino en tres personas un solo nombre de majestad indivisa.

2. Busquemos, pues, en las Escrituras del Antiguo Testamento esa misma Trinidad. En el segundo libro de los Reyes está escrito: "Dijo David, hijo de Isaí. Dijo el varón, a quien se le confió sobre el Cristo de Dios de Jacob, el excelente salmista de Israel: El Espíritu del Señor habló por mí, y su palabra por mi lengua. ¿Quién era, pues, añadió: Dios de Israel me habló, fuerte de Israel, dominador de hombres justo" (II Reyes XXIII, 1).

3. Al decir Cristo de Dios de Jacob, mostró tanto al Hijo como al Padre. También al decir: "El Espíritu del Señor habló por mí", reveló claramente al Espíritu Santo. Lo mismo en los Salmos: "Por la palabra del Señor fueron firmados los cielos, y por el espíritu de su boca toda su virtud" (Salmo XXXII, 6); en la persona del Señor entendemos al Padre; en la Palabra creemos en el Hijo; en el espíritu de su boca entendemos al Espíritu Santo. Con este testimonio se muestra tanto el número de la Trinidad como la comunión de la cooperación.

4. Así también en lo siguiente el mismo profeta dice: "Enviaré su palabra, y los derretirá; soplaré su Espíritu, y correrán las aguas" (Salmo CXLVII, 18). He aquí tres, el Padre que envía, y la Palabra que es enviada, y su Espíritu que sopla. Pues también cuando se dice en el Génesis: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas" (Génesis I, 1, 2), allí en el vocablo Dios se entiende al Padre; en el principio se reconoce al Hijo, quien dice: "En el rollo del libro está escrito de mí, para hacer tu voluntad" (Salmo XXXIX, 8, 9); porque dijo Dios, e hizo Dios; en el que se movía sobre las aguas, se significa al Espíritu Santo.

5. Pues también cuando allí dice Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Génesis I, 26), por la pluralidad de personas se significa claramente la Trinidad. Donde, sin embargo, para mostrar la unidad de la deidad, enseguida advierte, diciendo: "Hizo Dios al hombre a su imagen y semejanza". Y cuando dice el mismo Dios: "He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros", esa misma pluralidad de personas demuestra el misterio de la Trinidad.

6. El profeta Ageo también reveló así el sacramento de esta Trinidad, hablando en persona del Señor: "Mi espíritu estará en medio de vosotros" (Ageo II, 6, 8). He aquí Dios que habla, he aquí su Espíritu; después de esto, sobre la tercera persona, es decir, sobre el Hijo, así añadió: "Porque he aquí que yo conmoveré el cielo y la tierra, y vendrá el deseado de todas las naciones".

7. En Isaías también se muestra la distinción de la Trinidad bajo la propia persona de cada uno, diciendo el mismo Hijo: "Yo soy el primero, y yo soy el último; mi mano también fundó la tierra, y mi diestra midió los cielos" (Isaías XLVIII, 12, 13, 16). No hablé en secreto desde el principio; desde el tiempo antes de que existiera, allí estaba yo; y consecuentemente añadió: "Y ahora el Señor Dios me envió, y su Espíritu". He aquí dos personas, el Señor y su Espíritu, que envían, y la tercera persona de ese mismo Señor, que es enviado.

8. También en otro lugar, por el mismo profeta, se demuestra así el significado de la Trinidad. "He aquí, dice, mi siervo, lo sostendré, mi amado, en quien se complace mi alma, he puesto mi espíritu sobre él" (Isaías XLII, 1). El Padre llama al Hijo amado siervo, sobre quien puso su espíritu. De quien el Señor Jesucristo testifica con su propia voz: "El Espíritu del Señor está sobre mí".

9. En otro lugar, el mismo Isaías, comprendiendo toda la Trinidad en el número de los dedos, proclama así, diciendo: ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano, y los cielos con el palmo? ¿Quién pesó con tres dedos la masa de la tierra? (Isaías 40, 12). En los tres dedos, el profeta equilibró bajo una cierta balanza de misterio la triple igualdad de la omnipotencia divina, y declaró en los tres dedos la cooperación de la potencia y la unidad de la sustancia, que es una y la misma en la Trinidad.

10. El mismo profeta testifica haber conocido el misterio de esta Trinidad, diciendo: Vi al Señor sentado sobre un trono alto, y los serafines estaban sobre él, cada uno tenía seis alas: con dos cubrían su rostro, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban (Isaías 6, 1); para mostrarlo como trino en personas y uno en divinidad, añade: Y clamaban el uno al otro, diciendo: Santo, Santo, Santo, es el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.

11. He aquí que el ejército celestial proclama una triple santificación bajo una sola confesión: los serafines proclaman con triple repetición una sola gloria de la Trinidad. Pues, ¿qué indica el triple Santo, sino que la gloria de la misma triple Omnipotencia se demuestra en la deidad de las tres personas? Sin embargo, no se debe creer que así como hay tres personas, hay tres dioses, sino que en esas personas se debe proclamar una sola divinidad, según la sentencia de Moisés que dice: Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, el Señor es uno (Deuteronomio 6, 4). Y de nuevo: Yo soy Dios, y no hay otro fuera de mí (Isaías 45, 21).

12. Pero contra esto objeta la perniciosa perfidia de los judíos, diciendo: Si el Padre es Dios, y el Hijo es Dios; entonces son dos dioses, y no un solo Dios. Que escuchen a Isaías, quien dice que ambas personas son un solo Dios: Tú eres Dios, y en ti está Dios. Pues al decir: Tú eres Dios, muestra al Padre; y al añadir: En ti está Dios, declara al Hijo.

13. Sin embargo, para mostrar que el mismo Padre y el Hijo son un solo Dios, añade: No hay Dios fuera de ti, verdaderamente tú eres un Dios oculto, Dios de Israel. También se comprueba el nombre unido del Padre y del Hijo, cuando el mismo Padre testifica a Moisés, el legislador, diciendo: Atiende a él, y no le seas desobediente; porque mi nombre está en él.

14. CAPÍTULO V. Que el Hijo de Dios, Dios, se hizo hombre.

1. Hasta aquí hemos mostrado el misterio del nacimiento celestial en Cristo y el significado de la divina Trinidad. A continuación, demostremos con la autoridad de las Escrituras que el mismo Hijo de Dios nació en la carne, manifestando primero que el mismo Hijo de Dios, por nuestra salvación, se encarnó y se hizo hombre. Así lo proclama Isaías: Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, y el principado está sobre su hombro, y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz; su imperio se multiplicará, y la paz no tendrá fin (Isaías 9, 6).

2. El niño es Cristo, porque es hombre; y ha nacido para nosotros, no para sí mismo; pues el hecho de que se haya hecho hombre nos beneficia, y por eso ha nacido para nosotros. El Hijo se nos ha dado: ¿de quién, sino del Hijo de Dios? El principado está sobre su hombro: ya sea

porque él mismo llevó la cruz sobre sus propios hombros, o porque Pilato escribió el título del reino sobre sus hombros y su cabeza.

3. Que se avergüencen, pues, los impíos judíos, y reconozcan que Cristo es llamado el Hijo del Dios vivo nacido, y que por la ascensión del cuerpo se hizo niño, de quien David dice: Lo hiciste un poco menor que los ángeles, porque, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filipenses 2, 6). A quien, mientras el Padre en los Salmos decía de aquel nacimiento eterno: Desde el seno, antes de la aurora, te engendré (Salmo 109, 3), mostrando de nuevo su futuro nacimiento en la carne, añadió, diciendo: Y como del vientre brotará para ti el rocío de tu juventud.

4. Esta incorporación del Hijo de Dios también fue anunciada por el Espíritu Santo en los Salmos, diciendo: Y de Sión se dirá: Este y aquel han nacido en ella, y el Altísimo mismo la establecerá. He aquí que el que nace en Sión, y el que en esa ciudad se hizo el más humilde, es el mismo que la estableció el Altísimo; y porque es el mismo Señor, sigue: El Señor contará, al inscribir a los pueblos: Este nació allí. ¿Quién es este? Hombre, ciertamente, y excelso, y Señor. Hombre, porque se hizo hombre. Excelso, porque los cielos y los ángeles lo reciben por encima de ellos. Señor, porque todas las criaturas del cielo y de la tierra le sirven.

5. Sin embargo, cada vez que los enemigos de Cristo escuchan toda esta profecía de su nacimiento, al no tener qué proponer, argumentan diciendo que Cristo aún no ha venido, de quien todas estas bocas proféticas han cantado. Busquemos, pues, el tiempo del nacimiento de Cristo, si ya ha venido, o si aún se espera que venga. En Daniel, por tanto, se muestra con certeza el tiempo de su advenimiento, y se enumeran los años, y se anuncian claramente sus señales, y después de su advenimiento y muerte, se manifiestan con certeza las futuras destrucciones de los judíos.

6. Así le dice el ángel: Daniel, entiende la palabra y comprende la visión. Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, y traer la justicia eterna, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos (Daniel 9, 23). Estas setenta semanas, si se cuentan desde el tiempo de Daniel, sin duda se reconoce que el Santo de los santos, el Señor Jesucristo, ya ha venido.

7. Pues la semana en las sagradas escrituras se termina en siete años, como dice el Señor a Moisés: Contarás para ti siete semanas de años (Levítico 25, 8), es decir, siete veces siete, que en total hacen cuarenta y nueve años. De manera similar, siete veces setenta hacen cuatrocientos noventa. Por eso se debe creer que hubo tantos años desde Daniel hasta Cristo. Desde el tiempo del profeta Daniel hasta el presente se cuentan más de ciento cuarenta semanas. Por lo tanto, ya ha venido Cristo, a quien anunciaba la palabra profética.

8. Pues después de las setenta semanas, se muestra que Cristo nació y padeció, y que la ciudad de Jerusalén fue destruida, y que el sacrificio y la unción cesaron. Así lo añadió el mismo profeta: Y se matará al Mesías, y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las desolaciones. Después de la pasión de Cristo vino Tito, y derrotó a los judíos, y destruyó la ciudad y el templo, y cesaron las ofrendas y los sacrificios. Que ya no pudieron celebrarse allí. Para que se cumpliera lo que había sido predicho antes por el profeta.

9. Pero, ¡oh dureza del corazón judío! porque ellos mismos mataron a Cristo, por eso no creen que ya haya venido. Hemos probado que nuestro Señor Jesucristo ya ha nacido según la carne. Pero el incrédulo pregunta por qué vino en la carne. Escucha, pues, la causa. Dios, cuando hizo al hombre, dotado de suma bienaventuranza y adornado con el esplendor de la imagen divina, lo puso en el paraíso, para que estuviera sujeto a Dios y fuera superior a las demás criaturas.

10. Pero él, hecho rebelde, despreciando la divinidad, violó el mandamiento prohibido: a quien, expulsado por su soberbia, Dios no mató, sino que lo hizo exiliado del paraíso, esperando que por el arrepentimiento pudiera ser restaurado al perdón; y cuando él no se volvió al camino de la virtud, dio la ley por medio de Moisés, para que al menos por ella regresara al amor de Dios y a la práctica de la justicia. Pero cuando ni siquiera esta guardó, contumaz e incrédulo, finalmente vino el Hijo de Dios, y asumió un cuerpo humano, para que al ser visto, se creyera; y, abandonando el mundo los ídolos de los demonios, se reconciliara con la gracia del Creador.

11. Esta es la causa del nacimiento de Cristo, a quien los judíos, aunque lo admitan nacido, se escandalizan de que haya sido crucificado y muerto: no entendiendo que así como le convenía nacer para la redención del mundo, también le era necesario padecer, cuya pasión y muerte probaremos en su lugar con testimonios de las Escrituras. Ahora sigamos el orden debido, y de quien se ha demostrado la humanidad después de la gloria de la deidad, demos también su linaje y patria, comenzando primero a hablar de su nombre.

#### CAPÍTULO VI. Del nombre de Jesús.

1. La primera mención del nombre de Jesús se encuentra en la figura de nuestro Señor Jesucristo anunciada anteriormente. Pues un tal Oseas, que era llamado hijo de Nun, fue renombrado Jesús por Moisés (Números 13, 17). Este, después de la muerte de Moisés, se convirtió en líder y obtuvo el principado, y distribuyó la tierra de la promesa como herencia. ¿Qué significaba el cambio de nombre, sino que, con la muerte de Moisés, es decir, con la ley y el precepto legal cesando, el Señor Jesucristo sería nuestro líder, quien nos conduciría a través de las aguas del Jordán, es decir, a través de la gracia del bautismo, santificados y expulsados todos los géneros de vicios, o enemigos malos de los ángeles, a la tierra de la promesa celestial, que mana leche y miel, es decir, la posesión de la vida eterna, ¿qué hay más dulce que esto?

2. Por eso aquel hombre recibió la imagen de este sacramento, para que fuera llamado Jesús, para significar a aquel verdadero Jesús, de quien está escrito en los Salmos: Venid, exultemos al Señor, aclamemos a Dios, nuestro Salvador (Salmo 149, 4), es decir, a Jesús, nuestro Padre. Donde se muestra que el Señor y Dios es Jesús, de quien también en otro lugar en los Salmos: Porque el Señor se complace en su pueblo, y exaltará a los mansos en Jesús. Estas cosas están así en hebreo. De quien Habacuc proclama más claramente diciendo: Yo me alegraré en el Señor, y me gozaré en Dios, mi Salvador (Habacuc 3, 18).

#### CAPÍTULO VII. Cristo fue según la carne del linaje de Abraham.

1. Que el Señor Jesucristo sería del linaje de Abraham, lo muestra el Génesis, cuando Abraham dice a su siervo: Pon tu mano bajo mi muslo, y jura por el Dios del cielo (Génesis 24, 2). Con esta palabra testificaba que Cristo, Dios del cielo, vendría en la carne de su linaje. Pues por el muslo se entiende el linaje; se significaba que de la descendencia de Abraham vendría en la carne el Dios del cielo: de cuya descendencia por Isaac se le había hecho la

promesa del Señor. En tu descendencia, dice, serán bendecidas todas las naciones (Génesis 22, 18), es decir, en Cristo, de quien el salmista dice: Y serán bendecidas en él todas las tribus de la tierra, todas las naciones lo magnificarán (Salmo 71, 17).

2. De esta descendencia, y por el mismo Isaías, la voz del Señor habla: Sacaré, dice, de Jacob descendencia, y de Judá poseedores de mis montes (Isaías 65, 9). De quien en otro lugar el mismo profeta dice: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, habríamos sido como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Isaías 1, 9).

#### CAPÍTULO VIII. Cristo nació de la tribu de Judá.

1. Y porque Cristo según la carne debía esperarse de la tribu de Judá, lo significa el patriarca Jacob, diciendo: No faltará príncipe de Judá, ni legislador de entre sus pies, hasta que venga aquel que ha de ser enviado. Y él será la esperanza de las naciones (Génesis 49, 10). Pues es cierto que hasta el nacimiento de Cristo no faltaron príncipes del pueblo de los judíos del linaje de Judá, ni legisladores de entre sus pies hasta Herodes, el rey extranjero, que por ambición del reino había usurpado el poder.

2. Pues en cuanto esto sucedió, y faltó el legislador del linaje de Judá, vino aquel que había de ser enviado, a quien las naciones y los pueblos esperaban. Pero los judíos, con la obstinación de una frente impúdica, dicen que aún no se ha cumplido ese tiempo, mintiendo que no sé qué rey del linaje de Judá tiene el reino en las partes más remotas del Oriente.

3. Ni consideran, cegados de mente, que se descubre la mentira de su simulación, porque ya como no hay templo, ni altar, ni sacrificio, así tampoco queda rey ni sacerdote para los judíos; pues no puede ser mentiroso el profeta Oseas, que dice: Los hijos de Israel estarán sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdocio, sin manifestaciones (Oseas 3, 4). ¿Quién no ve que todas estas cosas se han cumplido ahora en ellos?

#### CAPÍTULO IX. Cristo nació del linaje de David.

1. He aquí de qué tribu se nos enseña que nacerá Cristo. Que sería del linaje de David según la carne, fue anunciado por el Espíritu Santo en los Salmos: Juró el Señor a David la verdad, y no se retractará de ella: De tu descendencia pondré sobre tu trono (Salmo 131, 11). Y de nuevo: Una vez juré por mi santidad, no mentiré a David: Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí, y como la luna, estable para siempre, y testigo fiel en el cielo (Salmo 88, 36 y ss.).

2. También en el libro de las Crónicas: Y vino la palabra del Señor a Natán, diciendo: Ve y di a mi siervo David: Así dice el Señor: Te anuncio que el Señor te edificará una casa, y cuando se cumplan tus días para que vayas con tus padres, levantaré después de ti a tu descendencia, que será de tus hijos, y estableceré su reino. Él me edificará una casa, y afirmaré su trono para siempre. Yo seré para él padre, y él será para mí hijo, y no apartaré de él mi misericordia, como la aparté de aquel que fue antes de ti, y lo estableceré en mi casa y en mi reino para siempre: y su trono será firme para siempre (2 Samuel 7, 4; 1 Crónicas 17, 3).

3. Cualquiera que piense que todas estas cosas se cumplieron en Salomón, parece errar mucho. Pues, ¿cómo se ha de entender en Salomón lo que se dijo: Después que duermas con tus padres, levantaré después de ti a tu descendencia, que será de tus hijos, y estableceré su reino? ¿Se cree que fue profetizado sobre aquel Salomón? De ninguna manera. Pues él comenzó a reinar mientras su padre aún vivía. Pues aquí se dice que cuando se cumplan los días de tu vida, y duermas con tus padres, levantaré tu descendencia. De lo cual se entiende

que otro es el prometido, que no antes de la muerte de David, sino después de su muerte, había sido anunciado que sería levantado.

4. Que edificaría la casa del Señor, no de paredes hechas por manos, sino de piedras vivas y preciosas, es decir, de santos y fieles. Pues también aquello que añadió: Su casa será fiel, y su reino para siempre delante de mí (2 Samuel 7, 16), que alguien observe y vea que no se pronunció sobre Salomón. Pues Salomón tuvo su casa llena de mujeres extranjeras que adoraban ídolos, y él mismo, seducido por ellas, cayó en la idolatría, y fue derribado, siendo bueno al principio, tuvo un mal final.

5. Entonces, ¿quién es este cuya casa es fiel para siempre, y que se promete levantar después de la muerte de David? Sin duda es aquel de quien el mismo David, clamando con fervor, dice en el Salmo ochenta y ocho: Pero tú has rechazado a tu ungido (Salmo 88, 39). No es, por tanto, aquel Salomón, ni tampoco este David es el Cristo rechazado. He aquí que las promesas predichas no se cumplieron en Salomón, sino en Cristo nuestro Señor, que nació del linaje de David.

6. De quien el mismo Señor dice por medio de Jeremías: He aquí que vienen días, dice el Señor, y levantaré a David un renuevo justo, y reinará un rey, y será sabio, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días Judá será salvo, e Israel habitará seguro, y este es el nombre con que lo llamarán: El Señor, nuestra justicia (Jeremías 23, 5-6).

7. Este es el que se promete por Natán del linaje de David (1 Crónicas 17; 2 Samuel 7), quien también es anunciado por el profeta Isaías: Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces (Isaías 11, 1). Esta vara del tronco de Isaí es la virgen María, nacida del linaje de David, que engendró al Salvador, de quien también sigue: Y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de conocimiento y de temor del Señor.

8. Por eso se proclaman sobre él tantos dones del espíritu, porque en él no habita el Espíritu Santo por medida (Juan 3, 34), como en nosotros, sino que en él reside toda la plenitud de la divinidad y de las gracias (Colosenses 2, 9). Este es el que no juzga según la vista de sus ojos ni según el oído de sus oídos, sino que la justicia es el cinto de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de sus riñones (Isaías 11, 3). En cuya Iglesia habita el lobo con el cordero: aquel que solía arrebatar la presa, cuando se convierte, mora con los inocentes.

9. En cuyo redil el leopardo se acuesta con el cabrito, es decir, los astutos mezclados con los simples, allí también el becerro de la circuncisión, el león del poder del mundo, la oveja del orden popular, moran juntos, porque en la fe la condición de todos es común. El niño pequeño que los guía es aquel que se humilló por nosotros, como un niño. El buey y el león comerán paja allí, porque los príncipes con los pueblos sujetos tienen una doctrina común.

10. También el niño se deleita en el pecho sobre las madrigueras de la serpiente, mientras las naciones, que solían predicar venenos en algún momento, convertidos incluso los pequeños, se deleitan en escuchar la fe de Cristo. Sin embargo, la caverna del basilisco son los corazones de los infieles, en los cuales descansaba aquella serpiente tortuosa, a quien, una vez destetado, lo atrapó y lo llevó cautivo, para que en su monte santo, que es la Iglesia, no hiciera daño.

11. Aún el mismo Isaías sobre Cristo, porque nacería del linaje de David según la carne, dice así en lo que sigue: En aquel día la raíz de Jesé, que se alza como señal para los pueblos, a él

lo suplicarán las naciones, y su sepulcro será glorioso (Isaías XI, 10). La raíz de Jesé se alza como señal para los pueblos, cuando Cristo imprime el signo de la cruz en sus frentes. Las naciones lo suplicarán, lo cual ya se ve que se ha cumplido por completo. Su sepulcro es tan glorioso, que, además de que los redimidos por su muerte le rendimos gloria, también el lugar mismo, resplandeciente de milagros, atrae a todo el mundo hacia él por causa de su gloria.

12. Este pasaje en hebreo dice así: Y su descanso será glorioso. Ciertamente porque su carne al morir no vio corrupción según el dicho del Salmo: Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción (Salmo XV, 10). Ahora bien, porque se da testimonio profético sobre Cristo naciendo de Moab, el mismo Isaías testifica: Pondré sobre los que huyan de Moab un león, y a los restantes de la tierra. Envía, Señor, el cordero, el dominador de la tierra, desde la roca del desierto al monte de la hija de Sion (Isaías XV, 9; XVI, 1).

13. De esta gente de Moab salió el Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo, que domina sobre toda la tierra. La roca del desierto significa a Rut, quien, despojada por la muerte de su esposo, engendró de Booz a Obed, de Obed a Jesé, de Jesé a David, y de la estirpe de David a Cristo. El monte de la hija de Sion se refiere históricamente a la misma ciudad de Jerusalén, o según la tropología, a la Iglesia situada en la atalaya, es decir, en la altura de las virtudes.

#### CAPÍTULO X. Que Cristo fue engendrado de una virgen sin unión conyugal.

1. Hasta ahora hemos tocado la fe del Antiguo Testamento sobre el nombre, la gente y el linaje de nuestro Señor Jesucristo: a continuación, mostremos sus generaciones según la carne de la Virgen. Isaías, lleno del Espíritu Santo, así predice el misterio de la futura encarnación del Hijo de Dios, pues dice: Y añadió el Señor a hablar a Acaz, diciendo: Pide para ti una señal del Señor tu Dios en lo profundo del infierno, o en lo alto arriba (Isaías VII, 10). Y añadió: Escuchad, pues, casa de David, es decir, linaje de David.

2. Pues bien hablaba a la casa de David, es decir, a la estirpe real, de la cual descendía María, y añadió: Por eso el mismo Señor os dará una señal: He aquí que la virgen concebirá en su seno, y dará a luz un hijo, y su nombre será Emmanuel, que se interpreta Dios con nosotros. Porque aquel a quien la Virgen concibió en su seno y dio a luz, se llama Dios con nosotros, por lo tanto, se reconoce que Dios fue concebido y nacido en el seno de la virgen. Que se avergüencen, pues, los judíos incrédulos, y sometan sus cuellos a la gracia de Cristo.

3. He aquí que aquel a quien la Virgen dio a luz se llama Dios con nosotros. En este lugar los judíos argumentan que en hebreo el término profético no indica virgen, sino joven. Contra ellos se responde que no sería una señal si una joven diera a luz, lo cual es propio de la edad. Pero esto es una señal por la novedad del hecho, si una Virgen da a luz, lo cual es de integridad. Pues al decir: El Señor os dará una señal, insinúa un milagro notable, a saber, que una virgen dará a luz, lo cual sin duda no sería una señal si no fuera nuevo. Era necesario que Cristo naciera de una virgen según la carne por un milagro notable.

4. Sigue sobre él: Comerá mantequilla y miel. La mantequilla es el fruto de la Iglesia que viene de la circuncisión, como de un buey bajo el yugo, es decir, puesta bajo la ley; la miel es de la Iglesia que viene de los gentiles, cuya suavidad y dulzura de obra y fe alimenta a Cristo. Sigue diciendo: Y antes de que el niño sepa llamar padre o madre. Lo que dijo antes de que sepa, es decir, antes de que haga saber por su divinidad que tiene a Dios por padre, y por la ascensión de la carne a la virgen por madre, según lo que está escrito en el Génesis, cuando el

Señor dice a Abraham: Ahora sé que temes a Dios (Génesis XXII, 12), es decir, ahora te he hecho saber. Pues no hay ignorancia en Dios, como si entonces conociera lo que antes no sabía.

5. Cuán grande es el poder de este Emmanuel, el profeta predicho lo anuncia frecuentemente, diciendo: Y la extensión de sus alas llenará la anchura de la tierra, oh Emmanuel (Isaías VIII, 8); a quien, porque creemos que nació de una virgen, escuchemos al Padre diciendo en los Salmos. Pues cuando el Profeta dijo de Cristo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, inmediatamente la voz del Padre siguió, diciendo al Hijo: Antes del lucero te engendré, y como del seno te nacerá el rocío de tu juventud. Juró el Señor, y no se arrepentirá, tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. El Señor a tu derecha quebrantará en el día de su ira a los reyes (Salmo CIX, 1). Y de nuevo: Donde habite, dice, la gloria en nuestra tierra, la misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron. La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo (Salmo LXXXIV, 10 y ss.).

6. ¿Qué es la verdad que brotó de la tierra, sino Cristo nacido de una mujer, el Hijo de Dios procedente de la carne? Pues la carne es tierra; cuando nació Cristo, la justicia miró desde el cielo. No se daría la justificación desde el cielo, si Cristo no hubiera nacido en la carne, y para mostrar que esa verdad que brotó de la tierra es hombre, añadió a continuación: La justicia irá delante de él, y pondrá sus pasos en el camino. También el mismo David: La tierra, dice, dará su fruto (Salmo LXVI, 7, 8). La tierra, María, dio su fruto, Cristo; pero ¿quién es este fruto? Bendíganos Dios, nuestro Dios, bendíganos Dios.

7. Este fruto de la tierra el profeta Isaías lo anuncia más claramente en otro lugar, diciendo: Rociad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al justo; ábrase la tierra, y brote el Salvador, y la justicia brote juntamente; yo, el Señor, lo he creado (Isaías XLV, 8). Los cielos son los mismos que las nubes, es decir, los profetas, por quienes Cristo fue profetizado al venir; la tierra es María, que, con la fe abierta, no con corrupción, engendró al Salvador, porque solo el Señor lo creó, no la mezcla de semilla viril.

8. Por eso también Isaías dice: ¿Quién contará su generación? (Isaías LIII, 8). Ningún hombre fue consciente del nacimiento de Cristo en su concepción: pues solo por la palabra de Dios la virgen apareció embarazada. Lo que también el profeta Daniel había predicho figuradamente, diciendo: Vi una piedra cortada del monte sin manos de cortadores, y cuando llegó a la tierra, llenó toda la tierra (Daniel II, 34): esta piedra es Cristo, cortado sin manos, llenando toda la tierra, porque en todas las naciones está su reino.

9. De esta piedra Dios habla por Isaías: He aquí que pongo en los cimientos de Sion una piedra preciosa, escogida, angular, y el que crea en ella no será confundido (Isaías XXVIII, 16). Esta piedra la vio Daniel cortada del monte, es decir, del pueblo de los judíos, sin manos, esto es, sin obra viril, nacido de María virgen, a quien sin duda creemos virgen antes del parto, y virgen permaneció después del parto, testificando el profeta Ezequiel: Me volví hacia el camino de la puerta del santuario exterior, que miraba al oriente, y estaba cerrada. Y el Señor me dijo: Esta puerta estará cerrada, no se abrirá, y ningún hombre pasará por ella, porque el Señor Dios ha entrado por ella, y estará cerrada (Ezequiel XLIV, 1).

10. Con este testimonio se confiesa que santa María concibió virgen y permaneció virgen. Los genitales femeninos, porque los cerrojos del parto se abren, se llaman puertas, como dice Job: Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó (Job III, 10). Pues nuestro Señor Jesucristo, nacido de manera maravillosa y poderosa, salió como esposo de su tálamo (Salmo

XVIII, 6), es decir, del seno de la Virgen, después de cuyo nacimiento profesamos que nadie se unió a María, ni nadie fue engendrado de su seno.

#### CAPÍTULO XI. Cristo nació en Belén.

1. Hemos predicho la natividad de nuestro Señor de la Virgen, también mostremos el lugar de su origen. Pues nació en Belén, a la cual se dice por el profeta Miqueas: Y tú, Belén, casa de Efrata, ¿acaso eres pequeña entre los millares de Judá? de ti me saldrá el que será gobernante en Israel, y su salida es desde los días de la eternidad. Por eso los entregará hasta el tiempo en que la que está de parto dé a luz (Miqueas V, 2).

2. Así, después de predecir el lugar de su origen, luego somete su reino futuro en todo el mundo, diciendo: Se mantendrá firme, y verá, y apacentará su rebaño con el poder del Señor, y en el honor del nombre de su Dios estarán, porque ahora se engrandece hasta los confines de la tierra, y él será la paz.

3. De este lugar de la natividad de Cristo también el profeta Habacuc dice así: Dios vendrá del sur. Pues la región de Belén, donde nació Cristo, mira hacia el sur desde Jerusalén. Con razón, pues, se escribe que vino del sur, porque se preveía que vendría de Belén.

#### CAPÍTULO XII. La natividad de Cristo se muestra por la señal de la estrella.

1. Porque su natividad se hizo clara por la señal de la estrella, en Números aquel divino Balaam así cantó, diciendo: Surgirá una estrella de Jacob, se levantará un hombre de Israel. Pues los magos que venían de las partes de Oriente, fueron los primeros en anunciar la natividad de Cristo por la señal de la estrella, para que, al ver la estrella, mostraran a aquel que su príncipe de arte había predicho.

#### CAPÍTULO XIII. Los magos ofrecieron regalos.

1. Porque los magos le ofrecieron regalos, también los profetas nos lo narran; pues así dice Isaías: En aquel tiempo se llevará un regalo al Señor de los ejércitos de un pueblo disperso y desgarrado, de un pueblo terrible, después del cual no hubo otro (Isaías XVIII, 7). Esto lo dice el profeta por la robustísima gente de los persas, a cuya potencia entonces ningún pueblo se comparaba, de los cuales los magos vinieron y llevaron regalos a Cristo.

2. Y de nuevo él mismo: Todos, dice, de Saba vendrán, trayendo oro e incienso, y anunciando la alabanza del Señor. De estos regalos también David predicó, diciendo: Y se le dará del oro de Arabia (Salmo LXXI, 11). Y de nuevo: Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán regalos, los reyes de Arabia y de Saba traerán dones. Pues también el Oriente tenía magos reyes.

#### CAPÍTULO XIV. Ungido por Dios Padre.

1. Y porque Cristo no fue ungido con este aceite humano, como los demás reyes y pontífices de los hebreos, sino que fue ungido por el Espíritu paterno, Isaías, en persona de este mismo Cristo, así cantó, diciendo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres, a predicar la remisión a los cautivos, y la vista a los ciegos (Isaías LXI, 1).

2. De manera similar, el salmista, inspirado por el Espíritu divino, así habla a este mismo Cristo, diciendo: Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos, el cetro de equidad es el cetro

de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de la alegría, más que a tus compañeros (Salmo XLIV, 7). En esta sentencia primero el profeta demuestra la divinidad de Cristo y su perpetuidad.

3. Luego, por el cetro de equidad, anuncia su poder y reino. Finalmente, indica que este mismo Dios fue ungido por Dios, no con aceite común, como los demás participantes suyos, es decir, los príncipes, que lo precedieron en figura, sino con el óleo de la alegría, que mística y divinamente representa al Espíritu Santo, cuya infusión celestial y virtud consagró a Cristo.

#### CAPÍTULO XV. Que vino pobre y despreciado en su primer advenimiento.

1. Porque vino pobre y despreciado en su primer advenimiento, el santo Isaías así lo indica, diciendo: Decid a la hija de Sion: He aquí que tu rey viene a ti justo y salvador, pobre, montado sobre un asno indómito (Isaías LII, 13). También en el mismo, en persona de Dios Padre: He aquí que mi siervo entenderá, será exaltado, y elevado, y será muy sublime; como muchos se asombraron de ti, así será deshonoroso entre los hombres su aspecto, y su forma entre los hijos de los hombres.

2. Él rociará a muchas naciones, sobre él los reyes cerrarán su boca, porque verán lo que no se les había anunciado, y contemplarán lo que no habían oído. ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías LIII, 1). Y subirá como un retoño delante de él, y como raíz de tierra seca. No hay en él apariencia ni hermosura, y lo vimos, y no había aspecto, y lo deseamos despreciado, y el último de los hombres; varón de dolores, y condecorador de llevar la enfermedad, y como escondido su rostro, y despreciado, por lo cual no lo estimamos.

3. Verdaderamente él llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores, y nosotros lo consideramos como leproso, y herido de Dios, y humillado, pero él fue humillado por nuestras iniquidades, y fue herido por nuestros pecados. La disciplina de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos sanados. Todos nosotros, como ovejas, nos hemos descarriado.

4. Cada uno se desvió por su camino, y el Señor puso sobre él la iniquidad de todos nosotros. Fue ofrecido, porque él quiso, y no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, y no abrió su boca. De la angustia y del juicio fue quitado, ¿quién contará su generación? porque fue cortado de la tierra de los vivientes, por la transgresión de mi pueblo fue herido, y dará a los impíos por sepultura, y a los ricos por su muerte, porque no hizo iniquidad, ni hubo engaño en su boca, y el Señor quiso quebrantarlo en la enfermedad; si pusiera su alma por el pecado, verá descendencia larga, y la voluntad del Señor será prosperada en su mano.

5. Por el trabajo de su alma verá, y quedará satisfecho, en su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. Por eso le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos, porque entregó su alma a la muerte, y fue contado con los transgresores, y él llevó el pecado de muchos, y oró por los transgresores.

6. En esta lectura no solo se muestra que Cristo apareció despreciado, sino que también allí se expresa su generación celestial, se manifiesta la debilidad de su carne asumida, también se muestra la afrenta de su pasión, la cruz, la muerte, el sepulcro, y que siendo inocente es condenado, y en silencio sufre allí.

7. Pues Dios, asumiendo en la carne la forma de un pobre, se dignó humillarse, y por nuestra causa, para que se devolviera la salvación a los perdidos, se hizo obediente hasta la muerte, lo

que en otro lugar el mismo Isaías había dicho: No clamará, ni se oirá su voz en las calles; no quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea; sino que en verdad sacará el juicio, hasta que ponga en la tierra el juicio, y en su nombre esperarán las naciones (Isaías XLII, 2).

8. Y Jeremías, que Dios vendría en carne despreciado y humilde, así lo predijo: Señor, hazlo por tu nombre, porque muchas son nuestras rebeliones. A ti hemos pecado, esperanza de Israel, su salvador en tiempo de tribulación. ¿Por qué serás como un extranjero en la tierra? y como un viajero que se desvía para quedarse? ¿Por qué serás como un hombre errante, y fuerte, que no puede salvar? Pero tú estás en medio de nosotros, Señor, y tu nombre es invocado sobre nosotros, no nos dejes (Jeremías XIV, 7).

9. Pues al decir, a ti hemos pecado, expresa la persona de los judíos, que pecaron contra Dios, cuando lo crucificaron viniendo en forma de hombre; pues se presentó a la vista de los hombres, como un hombre errante y huésped; pero ellos, pensando que era solo lo que parecía, mataron al hombre, como si no pudiera salvar.

#### CAPÍTULO XVI. Que hizo señales y virtudes.

1. También los tipos y virtudes de las curaciones fueron prescritos mucho antes por el profeta Isaías, diciendo: He aquí que nuestro Dios vendrá, y nos salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos oirán. Entonces saltará el cojo como un ciervo, y la lengua de los mudos será clara (Isaías XXXV, 4). Y de nuevo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido, me ha enviado a anunciar a los mansos, a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar la redención a los cautivos, y la vista a los ciegos (Isaías LXI, 1; Lucas IV, 18).

2. Todas estas señales de sanidad se hicieron en el advenimiento de Cristo. Pues tan pronto como nació, precedido por la estrella, lo adoraron los magos y le ofrecieron regalos. Luego, su advenimiento representó varios milagros. A los ciegos, para que conocieran a Dios, se les quitó la profunda oscuridad de la noche. A los muertos se les devolvió la gracia de la luz revivida, para que las almas fueran vivificadas.

3. Los sordos, para que recibieran el oído de la fe, comenzaron a oír. Los cojos, para que corrieran hacia Dios, fueron fortalecidos con un andar ágil. Los mudos, para que confesaran a Dios, clamaron con voces claras. Los leprosos, para abolir las infecciones del alma, dejaron sus miembros pálidos; pues por el efecto de su majestad hizo muchas cosas, que deben pasarse por alto, mientras se leen todas.

4. Pues con la virtud de su excelencia, pisó con pasos suspendidos las hinchadas olas del mar, y apaciguó con su mandato las tormentas del gran océano. 33 Además, en el momento de su pasión, incluso los elementos temblaron: el sol se ocultó, la tierra se sacudió y las rocas se rompieron al chocar entre sí, ya que ni siquiera la muerte pudo retenerlo. 5. Porque resucitando al tercer día, volvió a la sede paterna, y con el ministerio de los ángeles fue llevado de la tierra al cielo. También se realizaron muchas otras obras similares por su omnipotencia. Pero el incrédulo dice que también los profetas hicieron muchos milagros. Es cierto; sin embargo, ninguno de ellos resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo.

#### CAPÍTULO XVII. Debía ser visto en cuerpo.

1. Porque el mismo Dios debía ser visto en cuerpo por los hombres, lo testifica a través de Isaías diciendo: Por esto conocerá mi pueblo mi nombre en aquel día, porque yo mismo, que

hablaba, aquí estoy (Isaías LII, 6). Y David: Irán de virtud en virtud, y se verá al Dios de los dioses en Sion (Salmo LXXXIII, 8). Y de nuevo: Se han visto tus entradas, oh Dios, las entradas de mi Dios, mi Rey (Salmo LXVII, 25): ciertamente a aquellos a quienes vino al mundo, y a quienes de nuevo ascendió al cielo, entonces fue manifestado y revelado el encuentro de su venida, que los judíos, si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8).

2. De cuya visión corporal también el mencionado Isaías anunció así: Sin gloria, dice, será entre los hombres su aspecto, y su forma entre los hijos de los hombres, a quienes no se les anunció de él, verán, y quienes no oyeron, contemplaron. Y Jeremías, en el libro de Baruc: Este es nuestro Dios, y no será estimado otro que aquel que encontró todo el camino de la prudencia, y lo mostró a Jacob su siervo, y a Israel su amado. Después de esto fue visto en la tierra, y convivió con los hombres.

3. Y Habacuc: Señor, dice, he oído tu fama, y temí; consideré tus obras, y me espanté, en medio de dos animales serás conocido; cuando se acerquen los años, serás conocido, cuando llegue el tiempo, te mostrarás (Habacuc II, 10). También él mismo: Te verán las naciones, y los pueblos se dolerán, es decir, los judíos.

4. Pues también el mencionado Isaías cantó así sobre él: Por Sion no callaré, y por Jerusalén no descansaré, hasta que salga, como esplendor, su justo, y su Salvador, como lámpara, se encienda, y verán las naciones tu justo, y todos los reyes tu ilustre. Y de nuevo: La voz de tus centinelas alzaron la voz, juntos alabarán, porque ojo a ojo verán. Y más adelante: El Señor ha preparado su brazo santo a la vista de todas las naciones, y verán todos los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios (Isaías LXII, 1; LII, 8, 10).

#### CAPÍTULO XVIII. Los judíos no lo iban a reconocer.

1. Y porque los judíos no lo iban a reconocer, así lo predijo Jeremías en persona del Señor: Con prevaricación ha prevaricado contra mí la casa de Israel, y la casa de Judá, dice el Señor; me negaron, y dijeron, No es él (Jeremías V, 11). Esto también hasta ahora dicen los judíos de Cristo, No es él, esperando a otro, que es el Anticristo.

2. Y Isaías: No hay en él apariencia, ni hermosura, y lo vimos, y no había aspecto, y lo deseamos, despreciado, y el último de los hombres, varón de dolores, conocedor de la enfermedad, y como escondido su rostro, y despreciado. Por lo cual no lo estimamos (Isaías LIII, 2). Con estas palabras significa la incredulidad de los judíos, a quienes Cristo les pareció no tener apariencia, ni hermosura, por lo cual no fue estimado ser Dios.

3. A quien, sin embargo, porque no lo iban a reconocer, ni a recibir, el mismo Isaías en otro lugar lo aprueba, diciendo: Oíd, cielos, y escucha, tierra, porque el Señor ha hablado: Hijos crié, y los engrandecí, pero ellos me despreciaron. Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor. Pero Israel no me conoció, mi pueblo no me entendió (Isaías I, 2). Y de nuevo: Oiréis con oído, y no entenderéis, y viendo veréis, y no conoceréis; porque se ha engrosado el corazón de este pueblo (Isaías VI, 9; Mateo XIII, 14).

4. Por lo cual también Ezequiel: Fue la palabra del Señor a mí diciendo: Hijo de hombre, habitas en medio de una casa provocadora, que tienen ojos para ver, y no ven, y oídos para oír, y no oyen (Ezequiel XII, 2). Pues así fueron cegados, que ni reconocieron, ni recibieron al Salvador. Y aquel cuyo día Abraham vio, y se alegró, y cuyo advenimiento los profetas esperaron con gran deseo (Juan VIII, 56), estos lo vieron, y no lo conocieron, además lo

blasfemaron clamando: No tenemos rey, sino a César, y las demás cosas que siguen. La dureza de este pueblo no se cambia, como tampoco el color del etíope, o la variedad del leopardo, testificando Jeremías: Si puede el etíope cambiar su piel, o el leopardo sus manchas (Jeremías XIII, 23).

CAPÍTULO XIX. Porque no reconociéndolo los judíos, se congregaron contra él.

1. Pero porque no reconociéndolo los judíos, se congregaron para matarlo, y dieron su consentimiento universal en su pasión, así se lee: ¿Por qué se amotinan las naciones, es decir, los romanos, y los pueblos meditan cosas vanas, esto es, los judíos? Se levantaron los reyes de la tierra, esto es, Herodes y Pilato; y los príncipes se reunieron en uno, a saber, los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos de los judíos: contra el Señor, y contra su Cristo (Salmo II, 1).

2. Y de nuevo en persona del mismo Señor: Me rodearon muchos perros, la asamblea de los malignos me cercó (Salmo XXI, 17). El nombre de perros también se les ha asignado a través de otro profeta. En Isaías está escrito: Todos los perros son ciegos, no saben ladrar. Pues la costumbre de los perros, como dice nuestro Hilario, es jugar con el pastor, conocer el rebaño, perseguir a las fieras acechantes. Pero estos perros ciegos, no viendo a su pastor, no entendiendo su oficio, volvieron sus ladridos de las fieras al rebaño, de los ladrones al Señor. Por lo cual otro profeta dice de ellos: Se han convertido para mí en una flecha engañosa.

CAPÍTULO XX. Fue vendido.

1. Porque fue tasado en treinta piezas de plata, y vendido, así lo predijo él mismo a través de Zacarías: Si es bueno a vuestros ojos, dice, dad mi salario, y pesaron mi salario, treinta piezas de plata. Y el Señor me dijo: Arrójalo al alfarero, el hermoso precio con que fui tasado por ellos.

2. Pues esta causa es conocida por todos. Judas, movido por el arrepentimiento, devolvió el dinero, y lo arrojó en el templo, y se fue, y se ahorcó (Mateo XXVII, 4). Para que se cumpliera lo que dijo Isaías: El testigo falso no quedará impune, por haber vendido al Justo por plata (Proverbios XIX, 5; Amós II, 6).

3. Bien dijo el Señor que era su salario; pues hizo muchas obras entre ellos, devolviendo la vida a los muertos, la luz a los ciegos, el oído a los sordos, el andar a los cojos; por todas estas cosas, los judíos con nefanda estimación le devolvieron la muerte como salario de treinta piezas de plata.

CAPÍTULO XXI. Porque fue entregado por su discípulo.

1. Pues porque el Señor mostró a su traidor a los apóstoles por el pan que le dio, también en los Salmos recordó que se cumplió en él diciendo: El que comía de mis panes, levantó contra mí el talón. Y de nuevo: Tú, hombre de mi paz, mi guía, y mi conocido, que juntos comíamos dulces manjares (Salmo XL, 10; LIV, 14).

2. Sobre el mismo Judas traidor, Jeremías, previendo, así lo predijo: El pecado de Judá está escrito con un estilo de hierro en la uña de un diamante (Jeremías XVII, 1), lo cual, ya sea para Judas, ya sea para los judíos, no es incongruente, que pecaron así contra Cristo, que su pecado no está escrito con tinta, que tal vez pueda ser borrado, sino grabado con un estilo de hierro en la uña de un diamante, es decir, que no puede ser borrado por la dureza de su corazón, a menos que crean.

## CAPÍTULO XXII. Se entregó a sí mismo.

1. Pues porque él mismo voluntariamente se entregó por nosotros, Isaías dice: Fue ofrecido, porque él quiso. Y más adelante: Porque entregó su alma a la muerte, verá descendencia longeva, y la voluntad del Señor en su mano será prosperada (Isaías LIII, 7). Y él mismo a través del profeta Jeremías así habla: Dejé mi casa, abandoné mi heredad, entregué mi alma amada en manos de sus enemigos (Jeremías XII, 7), esto es, en manos de los judíos, que lo mataron.

## CAPÍTULO XXIII. Fue apresado.

1. Porque iba a ser apresado, el profeta Jeremías mucho antes así lo predijo: El aliento de nuestras narices, el Cristo del Señor, fue capturado en nuestros pecados (Lamentaciones IV, 20). Con esta profecía demostró claramente que Cristo es el Señor, y que fue entregado por nuestros pecados.

2. También el libro de la Sabiduría dice: Dijeron entre sí los impíos: Apresemos al Justo, porque nos es inútil, y es contrario a nuestras obras: promete tener el conocimiento de Dios, y se llama a sí mismo Hijo de Dios. Y más adelante: Si es verdadero Hijo de Dios, lo recibirá, y lo librá de la mano de los contrarios (Sabiduría II, 12, 18). Y más adelante: Para que conozcamos su reverencia, y probemos su paciencia, condenémoslo a muerte vergonzosa; es decir, a la crucifixión.

## CAPÍTULO XXIV. Fue juzgado.

1. Porque iba a ser juzgado, David clama bajo la figura del pueblo pecador contra Dios: Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante tus ojos, para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado (Salmo L, 6). Viniendo Cristo en cuerpo, se constituyó como reo, y se ofreció a los hombres para ser juzgado, y así manso, y paciente, mientras fue juzgado, venció, porque el pueblo perseguidor no encontró en él nada digno de juicio.

2. Por lo cual también el profeta, anunciando la venida de su juicio, así amenaza contra el mismo pueblo, diciendo: Oíd lo que el Señor dice: Levántate, y contienda en juicio contra los montes, y oigan los collados tu voz. Oigan los montes el juicio del Señor, y los fuertes fundamentos de la tierra (Miqueas VI, 1 y ss.). Porque el juicio del Señor es con su pueblo, y con Israel será juzgado, diciendo: Pueblo mío, ¿qué te hice? y ¿en qué te molesté? respóndeme, porque te saqué de la tierra de Egipto, y te liberé de la casa de servidumbre, y envié ante ti a Moisés, y a Aarón, y a María. Donde muestra los beneficios del Señor otorgados a su pueblo, y contra estos sus males. Y lo que según esto vendrá a ese pueblo, luego añade: Oíd, tribus, ¿quién lo aprobará? aún hay fuego en la casa del impío, tesoros de iniquidad.

## CAPÍTULO XXV. En su pasión es abandonado por sus discípulos.

1. Porque en su pasión iba a ser abandonado por sus discípulos, el mismo Señor habla a través del profeta David: Todos mis amigos me olvidaron, alejaste de mí a mis conocidos (Salmo LXXXVII, 9). Y Zacarías: Hierne al pastor, y se dispersarán las ovejas (Zacarías XIII, 7; Mateo XXVI, 31). Entonces los discípulos huyeron.

## CAPÍTULO XXVI. Fue acusado por falsos testigos.

1. Porque iba a ser acusado por falsos testigos, el mismo Señor dice a través del profeta Oseas: Ay de ellos, porque se apartaron de mí, serán devastados, porque prevaricaron contra mí. Yo los redimí, y ellos hablaron contra mí mentiras; y yo los instruí, y fortalecí sus brazos, y ellos pensaron maldad contra mí, se volvieron, para estar sin yugo; se hicieron como un arco engañoso (Oseas VII, 13).

2. Y Zacarías: Si prevalecieron sobre mí vuestras palabras, dice el Señor, y dijisteis: ¿Qué hemos hablado contra ti? Y en los Salmos dice: Se levantaron contra mí testigos inicuos, y la iniquidad mintió a sí misma (Salmo XXVI, 12). Y Isaías dice de Judas: El testigo falso no quedará impune, por haber vendido al justo por plata.

CAPÍTULO XXVII. Los judíos clamaron para que fuera crucificado.

1. Porque clamaron a Pilato para que fuera crucificado, esto ya lo había predicho Cristo a través de Jeremías sobre la Sinagoga, diciendo: Dejé mi casa, mi heredad se convirtió para mí como un león en el bosque, levantó su voz contra mí (Jeremías XII, 7); blasfemando ciertamente, y diciendo: Crucificalo, crucificalo (Lucas XXIII, 21; Juan XIX, 6).

2. Y en otro lugar él mismo dice: ¿Sobre quién abristeis vuestra boca? y ¿contra quién extendisteis vuestras lenguas? (Isaías LVII, 4). Y Isaías: Cayó, dice, Jerusalén, y Judá cayó, porque su lengua está contra el Señor (Isaías III, 8). También él mismo: Esperé que hicieran juicio, pero hicieron iniquidad, y no justicia, sino clamor (Isaías V, 7).

CAPÍTULO XXVIII. Los judíos condenaron a su posteridad.

1. Pues porque los judíos pecando también condenaron a su posteridad en Cristo, diciendo: Su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos (Mateo XXVII, 25), Isaías ya les había predicho con reproche, diciendo: Semilla malvada, preparad a vuestros hijos para la matanza por la iniquidad de sus padres (Isaías XIV, 20). Pues cuando las naciones vinieron a Judea, por el crimen de los padres también los hijos fueron masacrados.

2. Bajo cuya persona también Jeremías lamenta su destrucción, diciendo: Nuestros padres pecaron, y ya no están, nosotros llevamos sus iniquidades (Lamentaciones V, 7). También Jeremías: Los sacerdotes no dijeron, ¿Dónde está el Señor? y los que tenían la ley, no me conocieron, y los pastores prevaricaron contra mí. Por eso aún contendereé en juicio con vosotros, dice el Señor, y con vuestros hijos discutiré.

3. También él mismo: ¿Por qué se convirtió en presa? sobre él rugieron los leones, y dieron su voz, pusieron su tierra en desolación, y sus ciudades fueron quemadas, y no hay quien habite en ellas (Jeremías II, 8, 14).

CAPÍTULO XXIX. Fue azotado y golpeado con palmas.

1. Porque fue azotado, y soportó golpes de palmas, Job dice de él: Los que me reprochan, y escupen, golpearon mi mejilla, se saciaron de mis dolores (Job XVI, 11). Y en los Salmos él mismo dice: Estoy preparado para los azotes (Salmo XXXVII, 18). Y de nuevo: Se reunieron contra mí azotes, y no lo supe (Salmo XXXIV, 15).

2. De manera similar a través de Isaías: No soy, dice, contumaz, ni contradigo: entregué mi cuerpo a los que me golpeaban, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba: no aparté mi rostro de los que me increpaban, y escupían en mí (Isaías L, 6). Y a través de Jeremías dice:

Puse mis espaldas a los azotes, y mis mejillas a las palmas (Lamentaciones III, 30). También de él mismo Jeremías: Dará, dice, su mejilla al que lo golpea, se saciará de oprobios.

CAPÍTULO XXX. La cabeza de Cristo fue golpeada con una caña.

1. Porque su cabeza fue golpeada con una caña, y lo soportó pacientemente, Isaías lo había predicho, diciendo: No quebrará la caña cascada, y no apagará el lino que humea, la caña cascada, o quebrada no la quebrará, pues será placentero para todos, y dará perdón a los pecadores, diciendo: Confía, hija, tus pecados te son perdonados (Isaías XLII, 1 y ss.). Y el lino que humea, o como otros tradujeron, oscuro y tenebroso no lo apagará.

2. Los que estaban cerca de la extinción, por la clemencia del Señor serán salvados. Lo cual sobre los judíos, y las naciones, hemos discutido en los escritos mencionados; pero juzgará todo con verdad, sin temer a los escribas y fariseos, a quienes confiadamente llamaba hipócritas (Mateo XXIII, 13).

CAPÍTULO XXXI. Fue coronado de espinas.

1. Y porque una corona de espinas fue puesta sobre su cabeza, esto se escribe en el Cantar de los Cantares en persona del Padre, maravillándose de las injurias al Hijo por la iniquidad de Jerusalén, y diciendo: Salid, y ved, hijas de Jerusalén, al rey en la corona con que lo coronó su madre (Cantar III, 11), es decir, la corona de espinas que la Sinagoga puso sobre su cabeza.

2. Pero también a través de Jeremías el mismo Hijo dice: Con las espinas de sus pecados me rodeó este pueblo. Y en Isaías: Planté, dice, una viña escogida, y esperé que diera uvas, pero dio espinas (Isaías V, 2); ciertamente porque degenerando del fruto de los patriarcas, no trajó frutos de justicia, sino espinas de muerte y cruz a su Creador.

CAPÍTULO XXXII. Fue vestido con una túnica escarlata.

1. Pues porque los soldados burlándose lo vistieron con una túnica escarlata, Isaías el profeta lo predijo diciendo: ¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bosra? ¿por qué es rojo tu vestido, y tu indumentaria, como de los que pisan en el lagar? (Isaías LXIII, 1). Y él respondiendo: El lagar, dice, lo pisé solo. Dijo que pisó el lagar solo, porque solo por el pecado del mundo sufrió la pasión, y solo lavó los pecados de todos con su sangre.

CAPÍTULO XXXIII. Mientras sufría, guardó silencio.

1. Pues porque mientras sufría, se dice que guardó silencio, esto lo testifican las voces de los profetas. Isaías así dice de él: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, así no abrió su boca (Isaías LIII, 7). Pues en la pasión no habló a Pilato que lo interrogaba; pero en su humildad fue quitado su juicio; de lo cual él mismo en otro lugar: No clamará, ni se oirá su voz en las calles (Isaías XLII, 2).

2. También el mismo Cristo a través del mismo profeta: El Señor Dios me abrió el oído, yo no contradigo. Entregué mi cuerpo a los que me golpeaban (Isaías L, 5). Y él mismo en otro lugar: Callé, guardé silencio, ¿acaso siempre callaré? (Isaías XLII, 14). Primero calló, para ser juzgado, cuando como cordero ante el que lo trasquila estuvo sin voz, y no abrió su boca, y contuvo su poder.

3. En el último tiempo, así está escrito sobre Él: Dios vendrá manifiestamente. Nuestro Dios, y no callará (Salmo XLIX, 3). Calló para ser juzgado cuando vino oculto; pero de ninguna manera callará cuando venga manifiesto para juzgar.

#### CAPÍTULO XXXIV. Llevó la cruz.

1. Porque Él mismo llevó su cruz, Isaías lo predijo: Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, y el principado está sobre sus hombros (Isaías IX, 6). ¿Quién de los reyes lleva las insignias de su poder en el hombro, y no en la cabeza una corona, o algún ornamento propio de su vestimenta?

2. Pero solo el Rey de los siglos, Cristo, llevó la gloria de su poder y sublimidad sobre sus hombros, lo que también figuró Isaac, quien, siendo llevado por su padre como ofrenda, llevó él mismo la leña (Génesis XXII, 6), prefigurando entonces la excelsa pasión de Cristo, llevando el madero de su pasión.

#### CAPÍTULO XXXV. Fue clavado en la cruz.

1. Porque fue colgado y clavado en el madero de la cruz, el profeta Jeremías había predicho en persona de Cristo, diciendo: Yo, como cordero manso, que es llevado al sacrificio, y no sabía que habían tramado planes contra mí, diciendo: Pongamos madera en su pan, y lo erradiquemos de la tierra de los vivientes. Porque estas cosas que el Señor iba a sufrir de los judíos, el profeta las encomienda como si ya hubieran sido hechas.

2. Pues, ¿qué es la madera puesta en el pan, sino la fijación de la carne de Cristo en el madero? Reconocemos su cuerpo como pan; nuestra fe reconoce la cruz en el cuerpo como madera en el pan. Porque la vida de su cuerpo es pan. Está escrito: Y tu vida estará pendiente ante tus ojos, y temerás día y noche, y no creerás en tu vida (Deuteronomio XXVIII, 66). Pero también en los Salmos, nuevamente, porque extendió sus manos en la cruz, así dice: La elevación de mis manos es como el sacrificio vespertino (Salmo CXL, 2). Ya sea porque al venir como el atardecer del mundo, o porque el sol ya declinaba hacia el atardecer, el Señor puso su alma en la cruz, elevando sus manos en el mismo madero de la cruz, y ofreciéndose a sí mismo a Dios por nosotros como sacrificio, para que por ese sacrificio nuestros pecados fueran borrados.

3. También en Isaías se escribe sobre la proclamación de su cruz: Y el principado estará sobre sus hombros (Isaías IX, 6), es decir, el estandarte de su cruz, que llevó sobre sus hombros, según la profecía de David, quien dice: El Señor reinó desde el madero. Habacuc también predijo la pasión de la cruz de Cristo, diciendo: Cuernos hay en sus manos (Habacuc III, 4). ¿Qué es esto sino el trofeo de la cruz? Nuevamente, él mismo sobre la ascensión de la cruz, en la que exaltado atrajo todo hacia sí mismo, dice: El Señor, mi fortaleza, ha puesto mis pies en la consumación. Me pondrá sobre las alturas, para que venza en su gloria (Habacuc III, 19).

#### CAPÍTULO XXXVI. Sus manos y pies fueron clavados.

1. Porque fue crucificado, y sus manos y pies fueron clavados, David mismo habla, diciendo: Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos, ellos mismos me miraron y me observaron. Con estas palabras, sin duda, significa el cuerpo extendido en la cruz, con las manos y pies clavados, y perforado por la penetración de los clavos. Lo que David no sufrió, quien se lee que descansó en paz sin ninguna pasión corporal.

2. Pero esto fue predicho sobre la pasión de Cristo, quien fue clavado en el madero por el pueblo de los judíos; porque las manos y los pies no se perforan, sino de aquel que está colgado en el madero. También en el Cantar de los Cantares: Mis manos destilaron mirra, y mis dedos estaban llenos de mirra purísima (Cantar de los Cantares V, 3). Lo cual dijo especialmente por las perforaciones de los clavos.

3. Y por Malaquías, porque iba a ser crucificado, el mismo Señor así lo anticipó sobre sí mismo, diciendo: Si un hombre clava a Dios, porque vosotros me claváis, y dijisteis: ¿En qué te hemos clavado? (Malaquías III, 8). Y Dios les respondió después de esto: Me claváis toda la nación, lo que se refiere al misterio de la pasión del Señor, en la que los judíos crucificaron a Cristo, cuando pusieron sus manos criminales sobre Él.

4. Lo que también Dios recuerda nuevamente por Zacarías, diciendo: Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y lo llorarán con lamento, como por un unigénito, y se dolerán por él, como se suele doler en la muerte del primogénito (Zacarías XII, 10). Esto lo encontramos hecho en Jesús, a quien los judíos clavaron en la cruz, a quien lamentarán haber crucificado en el día del juicio, cuando lo vean reinando en la majestad del Padre y suya (Lucas IX, 26).

CAPÍTULO XXXVII. Fue crucificado entre dos ladrones.

1. Porque iba a ser crucificado entre dos ladrones, mucho antes fue predicho por Isaías: Y fue contado entre los inicuos (Isaías LIII, 10). Y el profeta Habacuc: En medio, dice, de dos animales serás conocido (Habacuc III, 2), es decir, en medio de dos ladrones.

CAPÍTULO XXXVIII. Porque sus vestiduras fueron divididas.

1. Después de la sentencia de la cruz sigue la división de las cosas, y el sorteo sobre su vestidura; que por David el mismo Señor había predicho antes, diciendo: Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi vestidura echaron suertes (Salmo XXI, 19). Esta profecía, tal como fue cumplida, la narra la historia evangélica. Pues mientras las otras vestiduras fueron divididas por los soldados, sobre la túnica dijeron: No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella, de quién será (Juan XIX, 24). Porque era una túnica sin costura, es decir, tejida de una sola pieza.

CAPÍTULO XXXIX. Fue dado a beber hiel y vinagre.

1. Que al colgar en la cruz le dieron a beber vinagre mezclado con hiel, esto ya había sido predicho en los Salmos por el Señor: Me dieron, dice, hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre, lo cual también en otro lugar proclama a Jerusalén, diciendo: Yo te planté como una viña escogida; ¿cómo te has convertido en una vid extraña en amargura? (Jeremías II, 21).

2. Porque Dios había plantado una buena viña, es decir, la nación de los judíos: pero ella, depravada por su propio vicio, dio amargura a su Creador. Por lo cual también Moisés dice: Su uva es uva de hiel, y racimo de amargura para ellos (Deuteronomio XXXII, 32). Por lo cual también antes reprochándolos, dice: ¿Así, pueblo necio y no sabio, retribuyes al Señor? (Deuteronomio XXXII, 6).

CAPÍTULO XL. Porque rodearon con hisopo la esponja llena de vinagre.

1. Porque rodearon con hisopo la esponja llena de vinagre, en los Salmos se había dicho: Rocíame con hisopo, y seré limpio (Salmo L, 9). Por lo cual también en la ley se asperjaban

con un manojo de hisopo con la sangre del cordero, aquellos que querían ser purificados (Éxodo XII, 22), lo que significaba que por la pasión del Señor se lavarían los pecados del mundo.

CAPÍTULO XLI. Porque el título de su cruz no fue corrompido.

1. Sobre el título de la cruz dijeron los judíos: No escribas Rey de los Judíos, sino que él dijo: Soy Rey de los Judíos. Y Pilato respondió: Lo que he escrito, he escrito (Juan XIX, 21). Ya en el Salmo LVI había sido profetizado: No corrompas la inscripción del título, en cuya serie del salmo no solo se predica la pasión, o la muerte, sino también la resurrección y ascensión del Señor.

CAPÍTULO XLII. Colgado en la cruz, rogó al Padre por sus enemigos.

1. Porque colgado en la cruz rogó al Padre por sus enemigos, Isaías dice: Él llevó los pecados de muchos, y oró por los transgresores (Isaías LIII, 12). Y en los Salmos así: Porque los amaba, se me oponían; pero yo oraba por ellos (Salmo CVIII, 4).

2. También Habacuc, después de haber dicho de Él: En medio de dos animales será conocido, añadió: Cuando mi alma esté turbada, en tu ira recordarás tu misericordia (Habacuc III, 2). El profeta prefiguró bajo esta sentencia en sí mismo la persona de los judíos, quienes, movidos por la ira, crucificaron a Cristo. Sin embargo, Él, recordando su misericordia, dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34).

CAPÍTULO XLIII. Fue crucificado por nuestros pecados.

1. Y porque no fue crucificado por sus propios pecados, sino por los nuestros, Isaías dice: Por las iniquidades de su pueblo fue llevado a la muerte, daré a los impíos por su sepultura. Y nuevamente: Fue herido por nuestras iniquidades, y molido por nuestros delitos; por sus llagas fuimos sanados. Y nuevamente: Todos nosotros, como ovejas, nos hemos descarriado, cada uno se ha desviado por su camino, y el Señor puso en Él las iniquidades de todos nosotros (Isaías LIII, 5 y ss.). Según el Apóstol, quien dice: Porque no conoció pecado, Él mismo fue hecho pecado por nosotros (II Corintios V, 21), es decir, sacrificio por nuestros pecados. ¿Por qué sufrió por nosotros? Esta es la causa.

CAPÍTULO XLIV. Porque murió.

1. Después de los azotes y la cruz, y la bebida de hiel y vinagre, sigue su muerte. La misma ley no la silenció, diciendo: Reposando, durmió como un león, y como un cachorro de león; ¿quién lo despertará? (Génesis XLIX, 9). También clama la misma muerte suya el Salmo LXVII: Nuestro Dios, Dios nos salvará, y la muerte del Señor, y la salida del Señor de la muerte.

2. ¿Qué podría decirse más claramente? El Señor Jesús, que se interpreta como Salvador, Él mismo es nuestro Dios, salvándonos, quien porque debía nacer, y salir de la vida por la muerte, por eso se añadió: La muerte del Señor, y la salida del Señor. También por Isaías: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante su trasquilador en silencio, así no abrió su boca. Por los pecados de su pueblo fue llevado a la muerte (Isaías LIII, 7).

3. Pero los judíos no esperan que Cristo, a quien esperan que venga, muera. Por lo tanto, respondan: ¿Quién es este que el profeta anuncia? También en Jeremías dice: Embriagué al

alma cansada, y a toda alma hambrienta la sacié, por eso como despertado de un sueño, vi, y mi sueño fue dulce para mí (Jeremías XXXI, 25).

4. También el ángel habla a Daniel sobre la muerte y el asesinato de Cristo, diciendo: Sabe y entiende, desde la salida de la palabra, para que Jerusalén sea reconstruida, hasta el Cristo príncipe habrá siete semanas y sesenta y dos semanas, y después de las sesenta y dos semanas será cortado el Cristo; es decir, después de cuatrocientos noventa años, y no será su pueblo el que lo negará. Por lo cual también allí sigue la calamidad de los judíos, que después se cumplió: Y el pueblo con el príncipe venidero destruirá la ciudad y el santuario (Daniel IX, 25), es decir, el ejército romano con Vespasiano.

5. También en Sabiduría se lee así sobre su muerte: Interroguémoslo con insultos y tormentos, para conocer su reverencia, y probemos su paciencia, condenémoslo a una muerte vergonzosa (Sabiduría II, 19).

CAPÍTULO XLV. Porque en su pasión hubo tinieblas.

1. Que a mediodía en su pasión hubo tinieblas, y el mismo sol se ocultó, esto también lo dicen los libros divinos, testificando el profeta Amós: Y será en aquel día, dice el Señor, que el sol se pondrá al mediodía, y haré oscurecer la tierra en el día de luz (Amós VIII, 9).

2. Y Jeremías: Se asustó, dice, la que da a luz, es decir, Jerusalén, y su alma fue afligida: el sol se puso para ella, cuando aún era mediodía; se avergonzó y fue maldecida; daré sus restos a la espada (Jeremías XV, 9). Lo que ocurrió por Vespasiano.

CAPÍTULO XLVI. No quebraron sus piernas.

1. Además, porque no quebraron sus piernas, sino solo las de los ladrones, ya había sido predicho: No quebraréis sus huesos (Éxodo XII, 46; Números IX, 12; Juan XIX, 36); porque se les había ordenado celebrar la Pascua en similitud de un cordero; en la cual la sombra de la pasión del Señor había precedido, quien fue llevado como cordero al matadero (Isaías LIII, 7). Esa figura del cordero significaba la pasión de Cristo.

CAPÍTULO XLVII. Fue herido con una lanza.

1. Y porque su costado fue herido con una lanza, así fue predicho por Él mismo a través de Job: Me quebrantó, y me puso como en señal; me rodeó con sus lanzas; hirió mis lomos, me cortó con herida sobre herida (Job XVI, 13), es decir, con la herida de la lanza sobre la herida de los clavos. Por lo cual también por David: Sobre el dolor de mis heridas añadieron (Salmo LXVIII, 27), así fue predicho por Él.

2. Y por Jeremías: Tendió su arco, y me puso como señal para la flecha, envió en mis riñones las hijas de su aljaba (Lamentaciones III, 12). Y nuevamente sobre el mismo pueblo así dice el mismo Señor por el profeta: Se han convertido para mí en una flecha engañosa (Oseas VII, 16). Y Zacarías: Verán a quien traspasaron. Sin duda, al hombre que crucificaron. Con este testimonio también se prometió que Cristo vendría en la carne en la que fue crucificado.

CAPÍTULO XLVIII. De su costado manó sangre y agua.

1. Porque de su costado manó sangre y agua, Zacarías dice: Tú también, por la sangre de tu pacto, has liberado a tus prisioneros del pozo en el que no hay agua (Zacarías IX, 11). Y

nuevamente: Cuando el hombre salió del Oriente, he aquí aguas que fluían del lado derecho (Ezequiel XLVII, 3), es decir, de Cristo.

2. También sobre la misma agua que fluyó de su costado, otro profeta dice así: Ríos de agua viva fluirán de su vientre, es decir, las aguas del bautismo, que vivifican a los creyentes, y que se otorgan a los sedientos, cuando se cumple lo que está escrito: Lavaos, sed limpios (Isaías I, 16); y: Me lavarás, y seré más blanco que la nieve (Salmo L, 9).

CAPÍTULO XLIX. Fue sepultado.

1. Porque fue entregado a la sepultura, y sepultado, en los Salmos se dice: Me colocaron en lugares oscuros, como los muertos del siglo. Como si dijera: Como hombres, ciertamente porque Él era Dios. También Isaías: Y el Señor será nombrado, como una señal eterna, que no será quitada. Y su sepulcro será glorioso. Y en otro lugar: Daré a los impíos por su sepultura, y a los ricos por su muerte (Isaías LV, 13; XI, 10; LIII, 9).

CAPÍTULO L. Una piedra fue puesta en la entrada del sepulcro.

1. Porque después de ser sepultado, una piedra fue puesta en la entrada del sepulcro, por Jeremías el mismo dice: Mi vida cayó en el pozo, y pusieron una piedra sobre mí. Y nuevamente: Cerró mis caminos con piedras cuadradas, edificó contra mí, para que no salga.

CAPÍTULO LI. Descendió a los infiernos.

1. Porque descendió al infierno, así el mismo Señor en el Eclesiástico dice: Penetraré todas las partes inferiores de la tierra, y miraré a todos los que duermen, e iluminaré a los que esperan en Dios (Eclesiástico XXIV, 45). También en los Salmos: Mi vida se acercó al infierno, fui contado con los que descienden al pozo, fui hecho como un hombre sin ayuda entre los muertos libre (Salmo LXXXVII, 4). Porque descendió, como hombre, al infierno, pero solo entre los muertos fue libre, porque la muerte no pudo retenerlo.

CAPÍTULO LII. Descendiendo de la muerte liberó a quienes quiso.

1. Porque descendiendo al infierno liberó a los que estaban cautivos por el diablo, y así nuevamente regresó a los cielos, el mismo por Oseas así lo predijo antes: Yo, dice, yo tomaré, y me iré; tomaré, y no hay quien libere; yendo regresaré a mi lugar; es decir, al trono celestial. Y más adelante: De la mano, dice, de la muerte los libraré, de la muerte los redimiré. Seré tu muerte, oh muerte, seré tu mordedura, oh infierno (Oseas V, 14; XIII, 14).

CAPÍTULO LIII. El cuerpo de Cristo en el sepulcro no vio corrupción.

1. Que el cuerpo de Cristo en el sepulcro no vio corrupción, sino que inmediatamente, vencida la muerte, resurgiendo, regresó de los infiernos, esto también lo predijo el mismo en los Salmos por el profeta: Mi carne descansa en esperanza. Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu santo vea corrupción. De esta resurrección también se canta así en el salmo tercero: Yo dormí, y descansé, y resucité, porque el Señor me levantó.

2. ¿Qué otra cosa indica el profeta, que durmió, y resucitó, sino que ese sueño era la muerte, y el despertar la resurrección? Lo que se muestra más claramente en el salmo cuarenta, donde dice: Pero tú, Señor, ten misericordia de mí, y levántame, y les retribuiré (Salmo XL, 11). Y nuevamente: ¿Acaso el que duerme, no añadirá que resucite? (Salmo XL, 9). También en el salmo cuarto: En paz me acostaré, y dormiré, porque tú, Señor, me has puesto en esperanza

singularmente. Singularmente, porque solo Él descansó así, que inmediatamente después de la muerte resucitó.

3. También por Isaías sobre su misma resurrección así clama: Ahora me levantaré, dice el Señor, ahora seré exaltado, y ahora seré levantado (Isaías XXXIII, 10). Donde claramente se muestra el testimonio de su resurrección y ascensión. Por lo cual también allí añadió el celo de los judíos, diciendo: Concebiréis error y pariréis. Vuestro espíritu, como fuego, os devorará.

#### CAPÍTULO LIV. Resucitó de los infiernos.

1. Porque resucitó de los infiernos al tercer día, el profeta Oseas lo había predicho, diciendo: Venid, y volvamos al Señor, porque Él nos ha herido, y nos sanará, nos vivificará después de dos días, al tercer día nos levantará, y viviremos en su presencia (Oseas VI, 1). Todas estas cosas se cumplieron así en Cristo. Porque entregado el jueves, sufrió el viernes, resurgiendo el domingo al amanecer, regresó de los infiernos.

2. Por eso el profeta añadió: "Como el amanecer está preparado su salida". Lo que dijo "resurgiremos y viviremos en su presencia", el profeta lo dice de su persona, o de los santos, que estaban en el infierno, y con él resucitaron al tercer día. CAPÍTULO LV. Los apóstoles enviados a predicar.

1. Porque después de su resurrección Cristo se apareció a los pescadores y los envió a predicar a las naciones, Jeremías lo recuerda así, diciendo: "Enviaré muchos pescadores, dice el Señor, y los pescarán" (Jeremías XVI, 16). Finalmente, según el Evangelio de Mateo, se lee que Jesús, al pasar junto al mar de Galilea, vio a Pedro y a Andrés, su hermano, echando redes en el mar, a quienes dijo: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mateo IV, 18).

2. De igual manera, al ver a otros dos hermanos, Santiago de Zebedeo y Juan su hermano, en la barca con su padre Zebedeo remendando redes, los llamó y los convirtió de pescadores de peces en pescadores de hombres, es decir, para que con la red de la predicación sacaran a todos los creyentes de las profundidades de este mundo. Después de estos pescadores sigue: "Y enviaré cazadores y los cazarán de los montes, de las colinas y de las cavernas de las rocas" (Jeremías XVI, 16); lo cual se refiere especialmente a la conversión de las naciones, que los apóstoles capturaron por todas partes, quienes fueron designados sobre la ascensión de las almas.

3. A quienes, porque después de la gloria de su resurrección el Señor enviaría a predicar a las naciones, también lo anunció por Isaías, diciendo: "Vengo, dice, para reunir con todas las naciones y lenguas, y vendrán y verán mi gloria, y pondré en ellos una señal, ciertamente de la cruz; y enviaré de ellos a los que se salvarán a las naciones en el mar, en África y Libia, llevando la flecha, es decir, la rápida palabra de la predicación, en Italia y Grecia, y a las islas lejanas, y a aquellos que no han oído de mí, y no han visto mi gloria" (Isaías LXVI, 18, 19); en esta sentencia se profetizan especialmente los apóstoles enviados.

4. Y también que predicaron el Evangelio por todo el mundo, los profetas no lo callaron; de los cuales también en los Salmos se predijo: "No hay lenguaje ni palabras, donde no se escuchen sus voces. Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Salmo XVIII, 4).

## CAPÍTULO LVI. Ascendió al cielo.

1. Ahora bien, porque después de su resurrección en forma de hombre Cristo ascendió al cielo hasta el Padre, Daniel dice: "Miraba en la visión nocturna, y he aquí en las nubes del cielo como un hijo de hombre venía, y llegó hasta el Anciano de días"; es decir, hasta el Padre. Después añadió: "Y en su presencia lo presentaron, y le dio poder, y reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán, su poder es un poder eterno que no será quitado, y su reino, que no será destruido" (Daniel VII, 13).

59

2. Su ascensión en los cielos nuevamente el Salmista la indica así: "Él como un esposo saliendo de su cámara; se regocijó, como un gigante, para correr el camino, desde el extremo del cielo su salida, y su recorrido hasta su extremo" (Salmo XVIII, 6). Porque viniendo del cielo, descendió hasta los infiernos; y regresando, retomó su morada, ascendiendo y sentándose a la derecha del Padre, de quien antes salió solo.

3. Cuya ascensión al cielo, o entrada, con qué alegrías se declara, el Salmista lo indica. Porque viendo las potestades etéreas la carne de Cristo ascendiendo en las nubes, y entrando por las puertas del cielo, dijeron: "Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y elevaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en batalla" (Salmo XXIII, 7).

4. Este ascenso suyo también lo recuerda David en otro lugar diciendo: "Subió sobre los querubines, y voló, voló sobre las alas del viento" (Salmo XVII, 11). Y nuevamente: "Subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres" (Salmo LXVII, 19). Porque ciertamente si no hubiera estado en la tierra, no se diría que ascendió. Pero ¿qué significa "llevó cautiva la cautividad", sino que, vencida la muerte, llevaba al cielo como cautiva la misma carne que había asumido de la tierra?

5. Por eso después de esto el profeta exhorta a todas las naciones, llamándolas a la alabanza de Dios, y anunciando nuevamente este mismo ascenso de Cristo, dice: "Reinos de la tierra, cantad a Dios, cantad al Señor, cantad a Dios, que asciende sobre los cielos de los cielos hacia el Oriente". Y bien añadió, "hacia el Oriente", porque ese mismo lugar está en las partes del Oriente, donde Cristo resucitó, y de donde ascendió al cielo. Y después de esto añadió: "Fueron vistos tus caminos, oh Dios, los caminos de mi Dios, mi Rey" (Salmo LXVII, 25). Porque a la vista de todos los apóstoles y quinientos hombres, así ascendió al cielo.

60

6. Esta ascensión también la proclama Salomón en el Cantar de los Cantares: "He aquí que viene, saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas" (Cantar II, 8). Y Amós dice: "El Señor edificó en el cielo su ascensión, y estableció su promesa en la tierra" (Amós IX, 6). Y también aquello que el Señor dice por Isaías: "Ahora me levantaré, ahora seré exaltado, ahora seré ensalzado" (Isaías XXXIII, 10), declara el testimonio de la resurrección y ascensión de Cristo, como si dijera abiertamente: "Ahora me levantaré de entre los muertos, ahora seré exaltado al cielo, ahora seré ensalzado en el reino". Por eso también en otro lugar el mismo Isaías: "He aquí que mi siervo entenderá, será exaltado, y será elevado, y será muy ensalzado" (Isaías LII, 13). Lo cual ciertamente se refiere a la ascensión al cielo y a la gloria del reino.

## CAPÍTULO LVII. Se sienta a la derecha del Padre.

1. Porque se sienta a la derecha del Padre, está escrito en los Salmos: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha; hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Salmo CIX, 1). Pregunten entonces los judíos a quién se le dijo por el Señor "Siéntate a mi derecha". ¿Acaso al arcángel? No lo creo, ni al ángel, ni al profeta. Pues ninguno de ellos está en esa gloria, sino aquel a quien el Dios invisible considera digno de su compañía, este se sienta a la derecha del Padre.

2. Quien así como es digno de la compañía de Dios, también es digno por naturaleza y por nombre. De quien también dice el salmo: "Reinará el Señor sobre todas las naciones, Dios se sentó sobre su santo trono" (Salmo XLVI, 9). Y nuevamente: "El Señor en el cielo preparó su trono, y su reino dominará sobre todos" (Salmo CII, 19).

CAPÍTULO LVIII. El reino de Cristo será perpetuo.

1. Porque su reino en el cielo y en la tierra será eterno y perpetuo, Daniel dice: "Veía en la visión nocturna, y he aquí en las nubes del cielo, como un hijo de hombre venía, y llegó hasta el Anciano de días, y en su presencia fue presentado, y a él se le dio dominio, y honor, y reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán, su poder es un poder eterno, que no será quitado, y su reino, que no será destruido" (Daniel VII, 13).

2. Con este testimonio se muestra que Cristo recibió del Dios omnipotente dominio y reino, de modo que su poder es eterno, y su reino permanecerá sin fin de corrupción. Y nuevamente el mismo Daniel: "En aquellos días el Señor del cielo levantará un rey, que no será movido para siempre, y su reino no será entregado a otro pueblo. Golpeará y destruirá todos los reinos, y él mismo permanecerá para siempre" (Daniel II, 44).

3. Y el profeta Isaías sobre el mismo: "Se multiplicará, dice, su imperio, y la paz no tendrá fin" (Isaías IX, 7). Y en los salmos se lee así: "En sus días florecerá la justicia, y abundancia de paz, hasta que la luna se exalte" (Salmo LXXI, 7); es decir, hasta la consumación del siglo.

CAPÍTULO LIX. Cristo después de su ascensión envió el Espíritu Santo sobre los apóstoles.

1. Porque después de su ascensión envió el Espíritu Santo sobre los apóstoles, David dice así: "Subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres" (Salmo LXVII, 19). Pues después de su ascensión envió el Espíritu Santo, en quien está la plenitud de todos los dones.

2. De quien también por el profeta Joel anunció diciendo: "Y será, dice, después de esto derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos, y vuestras hijas, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones, y también sobre mis siervos y siervas en aquellos días derramaré de mi espíritu" (Joel II, 28). Y Zacarías: "Derramaré, dice, sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén espíritu de gracia y de súplica" (Zacarías XII, 10).

62 CAPÍTULO LX. Los apóstoles hablaron en diversas lenguas.

1. Porque los apóstoles llenos del Espíritu Santo hablaron en las lenguas de todas las naciones las maravillas de Dios, y esto fue anunciado antes, diciendo el Salmista: "No hay lenguaje ni palabras, donde no se escuchen sus voces. Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Salmo XVIII, 4).

## CAPÍTULO LXI. Vendrá a juzgar.

1. Pero que esperamos a Cristo que vendrá del cielo como juez, y que el Padre le dio todo juicio, se anuncia por Ezequiel así: "Así dice el Señor Dios: Quitá la tiara, levanta la corona, ¿no es este el que levantó a los humildes, y humilló a los soberbios? Pondré iniquidad, iniquidad, iniquidad sobre ella; y esto no se hará, hasta que venga aquel a quien pertenece el juicio, y se lo entregaré."

2. De quien Isaías dice: "El Señor, como fuerte, saldrá, y como hombre de guerra, despertará el celo, vociferará, y clamará, y sobre sus enemigos se fortalecerá. Siempre he callado, he guardado silencio, he sido paciente, como un muro, hablaré, disiparé, y absorberé al mismo tiempo" (Isaías XLII, 13). Esto se refiere a la segunda venida, en la cual no saldrá humilde, para ser juzgado, sino como juez fuerte; ni callará, como lo hizo en su primera venida, ni será paciente, como lo fue en la pasión de la carne, sino que juzgando vociferará, hablará como un muro, porque de repente, como un muro que cae, aplastará a sus enemigos.

63 3. Esto también se enseña con el testimonio del Salmista, donde dice: "Vendrá Dios manifestamente, nuestro Dios, y no callará" (Salmo XLIX, 3); ciertamente porque aunque en su primer advenimiento de humildad calló siendo juzgado, en el segundo, cuando venga manifestamente para juzgar, no callará, sino que clamará, para dar a cada uno según sus obras.

4. Sigue: "Fuego arderá delante de él", porque, como madera, heno, paja, consumirá las obras de los delincuentes, y, como oro, plata y piedras preciosas, probará las obras de los justos (I Cor. III, 12). Quienes dirán: "Pasamos por fuego y agua, y nos llevaste al refrigerio. Convocará al cielo desde arriba y a la tierra para discernir a su pueblo. Reunirá a sus santos, que ordenan su pacto sobre sacrificios, y los cielos anunciarán su justicia, porque Dios es juez" (Salmo LXV, 12; XLIX, 4).

5. Y Isaías, "Hará oír el Señor la gloria de su voz, y mostrará el terror de su brazo en la amenaza de su furor, y en la llama de fuego devorador. Golpeará con torbellino y con piedra de granizo" (Isaías XXX, 30). Porque el brazo de Dios es Cristo, quien vendrá a juzgar en llama y terror de tempestad. De cuyo juicio nuevamente el mismo profeta dice así: "Levántate, como en los días antiguos, en las generaciones de los siglos. ¿No eres tú el que hirió al soberbio, hirió al dragón?" (Isaías LI, 9)

6. Este segundo advenimiento de Cristo se predica, para que se levante con esa fuerza para el juicio, para la separación de buenos y malos, con la cual se levantó en las generaciones de los siglos. Esto es al principio, cuando hirió al soberbio, es decir, al diablo, separándolo de la compañía de los ángeles buenos. De cuyo juicio de Cristo también el profeta Miqueas habla así, diciendo: "Oíd, montes, el juicio del Señor, y fuertes fundamentos de la tierra, porque el juicio del Señor es con su pueblo y con Israel se juzgará, diciendo: Pueblo mío, ¿qué te hice, o en qué te molesté? respóndeme" (Miqueas VI, 1).

7. Entonces, según Zacarías, "Verán a aquel a quien traspasaron, y lo llorarán con llanto, como sobre un unigénito, y se dolerán por él, como se suele doler en la muerte del primogénito" (Zacarías XII, 10). Porque se dolerán de haberlo crucificado, cuando lo vean juzgando, y reinando en la majestad del Padre y suya, también Job, antes de la ley, brillante en virtudes evangélicas, proclama con autoridad profética que será redimido, resucitado, y presentado ante Dios juez, que vendrá a juzgar a vivos y muertos, diciendo: "Porque sé que mi redentor vive, y al final se levantará sobre la tierra, y nuevamente me rodearé de mi piel, y

en mi carne veré a Dios mi Salvador. ¿Qué Dios, sino el que será visto en el juicio? como leemos: "Verán a aquel a quien traspasaron" (Zacarías XII, 10).

8. Algunos dicen que juzgará a los impíos en el lugar donde él mismo fue juzgado, testificando el profeta Joel: "Levántense, dice, y suban todas las naciones al valle de Josafat, allí me sentaré para juzgar a todas las naciones alrededor" (Joel III, 12). Pues muchos afirman que el juicio futuro será allí donde el Señor sufrió, probando Isaías: "El Señor de los ejércitos hará una consumación y abreviación en medio de la tierra" (Isaías X, 23).

9. ¿Qué consumación y abreviación puede preceder, sino la del juicio futuro? Pero ¿dónde está ese medio de la tierra, el testimonio fiel de la pasión del Señor lo muestra David, quien dice: "Pero Dios nuestro rey desde la antigüedad ha obrado la salvación en medio de la tierra" (Salmo LXXIII, 12). Pues no hay otra salvación nuestra, sino la redención de nuestro Señor Salvador y juez, que surgió en medio de la tierra.

## CAPÍTULO LXII. Epílogo de la obra.

1. He aquí que hemos mostrado al juez y rey del nuevo testamento de los profetas, he aquí que hemos demostrado a Cristo como Señor de todos desde la ley. Todos estos libros los tienen los hebreos, los judíos los leen todos, pero no los entienden. Porque todo está sellado para ellos, testificando el profeta: "Y serán las palabras de este libro, como las palabras de un libro sellado, que si se da a un hombre que no sabe leer, y se le dice Lee, responderá No sé leer, y si se da a otro que sabe leer, y se le dice Lee; él responderá No puedo, porque el libro está sellado" (Isaías XXIX, 11).

2. Estos son los sellos del Antiguo Testamento, que el hijo y heredero ha desellado, iluminando los ojos de nuestro corazón, como está escrito: "Ata el testimonio, sella la ley entre mis discípulos. Porque tenemos, para entender a Cristo, la ley como guía, los profetas como testigos, de los cuales hemos declarado su divinidad y nombre, su nación también, y linaje, patria, nacimiento, virtudes y curaciones, aprehensiones, palmas, azotes, escarnios, bebida de hiel y vinagre, muerte, lanza, sepulcro, infierno, y la incorruptibilidad del cuerpo, resurrección de la carne, su ascensión al cielo, reino y juicio.

## LIBRO SEGUNDO.

### 66 PRÓLOGO.

1. Porque el Breviario del libro precedente explicó en parte el nacimiento, pasión, resurrección y ascensión al cielo de nuestro Señor y Salvador, la siguiente obra demostrará la profecía de ambos pueblos, es decir, de los judíos y de las naciones. En esta obra, santa hermana, podrás observar a partir de unos pocos cuántas voces de los profetas cantaron sobre el rechazo del pueblo judío y sus ceremonias, y cuántas resonaron en alabanza del pueblo del Nuevo Testamento.

## CAPÍTULO PRIMERO. De la vocación de las naciones.

1. Al principio de esta obra se debe hablar de la fe de las naciones, para que lo demás se contemple más fácilmente, mientras se declara antes la misma fe de la Iglesia. Pues cuando Moisés rogaba al Señor por el becerro adorado, para que perdonara al pueblo pecador, el Señor respondió: "Seré propicio a ellos; sin embargo, vivo yo, y vive mi nombre, porque toda la tierra se llenará de mi gloria" (Números XIV, 21).

2. Por lo tanto, porque todas las naciones serían llamadas al culto del único Dios verdadero, el profeta David testimonia, diciendo: "Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones, porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones" (Salmo XXI, 28). Y nuevamente: "Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. El Señor ha hecho notoria su salvación, ha revelado su justicia ante las naciones" (Salmo XCVII, 1).

3. Esta pluralidad de naciones así se proclama unirse al culto del único Dios: "Cuando se reúnan, dice, los pueblos en uno, y los reinos, para servir al Señor" (Salmo CI, 23). En uno ciertamente, es decir, en un solo rey, para que aquellos que por el rito de diversos ídolos se llamaban muchos reinos y muchos pueblos, al reunirse en una sola fe, sean llamados un solo pueblo de Dios, y un solo reino.

4. Esta congregación del pueblo de las naciones es la misma Iglesia, a la cual en los Salmos se le dice con voz profética: "Escucha, hija, y mira, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre, porque el rey ha deseado tu hermosura" (Salmo XLIV, 11). Pues el profeta llama al pueblo de las naciones a olvidar a su pueblo, es decir, la asamblea de los infieles y la casa de su padre, Babilonia ciertamente, que es tanto la casa como la esposa del diablo, y a unirse a Cristo en el matrimonio de la fe.

5. A cuyos pueblos Isaías clama, diciendo: "Reuníos, y venid, y acercaos juntos, porque habéis sido salvados de las naciones; porque no supieron, los que levantan el signo de su escultura, y ruegan a un dios que no salva" (Isaías XLV, 20). ¿Quiénes son estos salvados de las naciones, sino los que han creído de las naciones? Lo que dice: "Reuníos y escuchad juntos", muestra que las naciones deben unirse en una sola fe y comunión.

6. También él mismo: Convertíos a mí y seréis salvados, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay otro. En mí mismo he jurado, saldrá palabra de mi boca, y no volverá, porque a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua en el Señor. Esto ya vemos que se ha cumplido, cuando en todos los confines de la tierra se expande la Iglesia de Dios. Que esta profecía avergüence a los judíos, que defienden a Dios como algo peculiar para ellos, al escuchar: Jurará toda lengua en el Señor, es decir, no solo el pueblo hebreo, sino también toda la multitud de las naciones.

7. Aún el mismo Isaías, después de haber expuesto la humildad de Cristo, que soportó en la carne, nuevamente proclamó la alabanza de la Iglesia de las naciones, por la cual soportó tales cosas, y al mismo tiempo reveló que ella es una en todo el mundo, profetizando así: Alaba, estéril, que no das a luz, canta alabanza y clama, tú que no parías: porque ya son más los hijos de la desolada que de la que tenía marido, dice el Señor: Ensancha el lugar de tu tienda, y extiende las cortinas de tus tabernáculos, no escatimes; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque a la derecha y a la izquierda penetrarás, y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades desoladas (Isaías LIV, 1).

8. Y de nuevo: He creado el fruto de los labios, paz: paz al que está lejos y al que está cerca (Isaías LVII, 19). Esto también lo explica el Apóstol, donde dice acerca de la Iglesia que viene de la circuncisión y del prepucio: Anunció paz a los que estaban lejos, y paz a los que estaban cerca (Efesios II, 17); y de nuevo: Me buscaron los que antes no preguntaban; me encontraron los que no me buscaban. Dije: Aquí estoy, aquí estoy, a una nación que no invocaba mi nombre, extendí mis manos todo el día a un pueblo incrédulo (Isaías LXV, 1).

9. También él mismo: Mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos, dice el Señor (Isaías LVI, 7). Finalmente, dice así: Vengo para reunir con todas las naciones y lenguas; y vendrán, y verán mi gloria, y pondré en ellos una señal, y enviaré de ellos a los que hayan sido salvados a las naciones, al mar, a África, a Libia, portadores de flechas (Isaías LXVI, 18). Esto dice Isaías.

10. Jeremías, sin embargo, muestra así el compromiso de las naciones. Y se congregarán todas las naciones en el nombre del Señor en Jerusalén, y no caminarán tras la perversidad de su corazón (Jeremías III, 17). Y poco después: Juró el Señor en verdad, y en juicio, y lo bendecirán las naciones, y lo alabarán (Jeremías IV, 2). También él mismo sobre la vocación de las naciones: Señor, dice, mi fortaleza, a ti vendrán las naciones desde los confines de la tierra, y dirán: Verdaderamente mentira poseyeron nuestros padres (Jeremías XVI, 19). También el mismo Jeremías al pueblo israelita: Escuchad la voz de la trompeta, y dijeron: No escucharemos. Por eso escuchad, naciones (Jeremías VI, 17).

11. También en Oseas: Y tendré misericordia de aquel que no tuvo misericordia, y diré al que no era mi pueblo: Tú eres mi pueblo, y él dirá: Tú eres mi Dios; y será, en el lugar donde se les dijo: No sois mi pueblo, allí serán llamados hijos del Dios vivo (Oseas II, 23). También en Sofonías: Porque entonces daré a los pueblos un labio puro, para que todos invoquen el nombre del Señor, y le sirvan con un solo hombro (Sofonías III, 9). Y después de esto: Lo adorará cada uno desde su lugar, todas las islas de las naciones (Sofonías II, 11). En este lugar también se profetiza la vocación de las naciones; y ya no un solo lugar de oración, en el que el pueblo carnal parecía de algún modo encerrar a Dios, sino que muestra que todo lugar es de oración, al decir: Lo adorará cada uno desde su lugar.

12. También Miqueas predice que se congregarán todas las naciones, para que reciban la disciplina de la fe, así: Y será, dice, en los últimos días, el monte de la casa del Señor, preparado en la cima de los montes, y será exaltado sobre los collados; y correrán a él los pueblos, y se apresurarán muchas naciones, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén, y juzgará a muchos pueblos, y corregirá a naciones fuertes, hasta en lo lejano (Miqueas IV, 1).

13. Estos son los últimos días, en los que resplandece la fe del Salvador. El monte preparado sobre la cima de los montes es Cristo, porque él es la cabeza de los apóstoles y profetas. La casa del Señor es la iglesia de Cristo, establecida sobre él mismo, a la cual se congrega la diversidad de las naciones. La ley salió de Sión, y la palabra del Señor de Jerusalén, ya sea para que viniera a las naciones, dejando a los judíos por su incredulidad, o porque en ese mismo pueblo Jesús dijo a sus discípulos: Id, enseñad a todas las naciones (Mateo XXVIII, 19).

14. También Zacarías dice así de la Iglesia de las naciones: «Alégrate y regocíjate, hija de Sión: porque he aquí que vengo, y habitaré en medio de ti, dice el Señor, y se unirán muchas naciones al Señor en aquel día, y serán para mí un pueblo, y habitaré en medio de ti: y sabrás que el Señor de los ejércitos me ha enviado a ti» (Zacarías II, 10). También allí: «Así dice el Señor de los ejércitos, hasta que vengan pueblos, para habitar en muchas ciudades, y vayan los habitantes uno al otro, diciendo: Vayamos y supliquemos el rostro del Señor, y busquemos al Dios de los ejércitos, iré también yo, y vendrán muchos pueblos, y naciones fuertes a buscar al Señor de los ejércitos en Jerusalén» (Zacarías VIII, 20).

15. Por estos tantos y tan grandes testimonios, que los judíos, celosos de las naciones convertidas, se avergüencen, y finalmente, convencidos, reconozcan y escuchen en el Deuteronomio al Señor proclamando: Seréis cabeza de las naciones, pero el pueblo incrédulo será la cola (Deuteronomio XXVIII, 44).

CAPÍTULO II. A todas las naciones se les ha ordenado creer en Cristo.

1. Porque a todas las naciones se les ha ordenado creer en Cristo, el Hijo de Dios, Jacob en las bendiciones de los patriarcas dijo: No faltará príncipe de Judá, ni jefe de sus lomos, hasta que venga aquel que ha de ser enviado, y él será la esperanza de las naciones (Génesis XLIX, 10). Y David, en persona de ese mismo Cristo en los Salmos: «El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; pídemme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión» (Salmo II, 7). Y de nuevo: Me constituirás en cabeza de las naciones, el pueblo que no conocí me sirvió, al oír de oído me obedeció.

2. De manera similar, en otro lugar, el mismo salmista dice así: Antes del sol permanece su nombre, y antes de la luna su trono, y en él serán bendecidas todas las tribus de la tierra, todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 17, 18). Sobre cuyo dominio también anteriormente (Vers. 8) había dicho: Y dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra.

3. Este testimonio no se ajusta ni a Salomón ni a David. Es conocido, en efecto, con qué límites estuvo confinado el reino de Salomón. Pero esto lo vemos cumplido en Cristo. Cuyo nombre es grande entre las naciones desde el nacimiento del sol hasta su ocaso. Él también comenzó a dominar desde el río, donde fue bautizado por Juan, y llegó por la fe en las naciones hasta los confines de la tierra.

4. También en los mismos Salmos, sobre su nacimiento eterno y poder en las naciones, el Señor habla: «Antes del lucero, dice, te engendré; tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec; juzgará entre las naciones, llenará de cadáveres, quebrantará cabezas en muchas tierras» (Salmo CIX, 3). E Isaías: En aquel día habrá una raíz de Jesé, que estará como señal para los pueblos, a él buscarán las naciones (Isaías XI, 10). Y después de otras cosas: Levantará una señal para las naciones de lejos, y silbará hacia él desde los confines de la tierra.

5. También el mismo Isaías, sobre Cristo nuestro Señor que reinará en las naciones: «Así dice el Señor Dios, creador de los cielos, y que los extiende, que afirma la tierra y lo que de ella brota, que da aliento al pueblo que está sobre ella, y espíritu a los que caminan en ella, yo, el Señor, te he llamado en justicia, y he tomado tu mano, y te he guardado, y te he dado por pacto del pueblo, por luz de las naciones, para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la prisión al cautivo, de la casa de la cárcel a los que están en tinieblas. Yo soy el Señor, este es mi nombre» (Isaías XLII, 5 y ss.). Esto ya vemos que se ha cumplido por Cristo, quien se hizo luz en la carne para las naciones sumidas en la ignorancia.

6. De las cuales también en otro lugar él mismo dijo: Y guiaré a los ciegos por un camino que no conocían, y por sendas que no conocían los haré caminar, pondré delante de ellos tinieblas en luz, para que se cumpliera lo que por el mismo profeta había sido dicho: El pueblo de las naciones, que estaba sentado en tinieblas, vio una gran luz, a los que habitaban en la región de sombra de muerte, la luz les resplandeció (Isaías IX, 2). También sobre la vocación de las naciones a Cristo dice así: «Atended a mí, pueblo mío, y escuchadme, tribu mía, porque de mí saldrá la ley, y mi juicio reposará como luz de los pueblos, cerca está mi justo, ha salido mi Salvador» (Isaías LI, 4).

7. Y después de esto: «Regocijaos y alabad juntos, desiertos de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha redimido a Jerusalén, el Señor ha desnudado su brazo santo a la vista de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios» (Isaías LII, 9). A esto, por el mencionado Isaías, la voz divina anuncia a Cristo en la carne como juez de las naciones así: «He aquí, dice, mi siervo, lo sostendré, mi elegido, en quien se complace mi alma, he puesto mi espíritu sobre él, traerá justicia a las naciones, no clamará, ni levantará su voz, ni se oirá su voz en la calle, no quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea. Sacará a la luz la justicia con verdad, no se cansará ni desmayará, hasta que establezca la justicia en la tierra, y las islas esperarán su ley» (Isaías XLII, 1).

8. Siervo, ciertamente, pero por la ascensión de la humanidad, Cristo, quien, ya que primero viniendo a los judíos no fue recibido, trajo justicia a las naciones: ¿qué justicia, sino que fueran justificados por la fe? Su voz no se oirá fuera, es decir, en las herejías, y en los judíos puestos fuera de la Iglesia de Dios. También sobre él en Isaías: «He aquí, mi siervo entenderá, será exaltado, y será levantado, y será muy sublime, como muchos se asombraron de ti, así será desfigurado su aspecto más que el de cualquier hombre, y su forma más que la de los hijos de los hombres, él rociará a muchas naciones, los reyes cerrarán su boca ante él, porque verán lo que no se les había contado, y entenderán lo que no habían oído» (Isaías LII, 13).

9. También el mismo sobre él: He aquí que lo he dado como testigo a los pueblos, como líder y maestro de las naciones, he aquí que llamarás a una nación que no conocías, y las naciones que no te conocían correrán hacia ti, por causa del Señor tu Dios, y del Santo de Israel, porque te ha glorificado (Isaías LV, 4). Toda esta profecía es manifiesta sobre la vocación de las naciones, porque en Cristo habrían de creer.

10. Y Habacuc dice así: El Señor habla: Escribe la visión claramente, y explícalo sobre tablas, para que corra el que lo lea, porque la visión aún está para un tiempo señalado, y no mentirá; si tarda, espéralo, porque ciertamente vendrá, no tardará. Sobre los incrédulos judíos sigue diciendo: He aquí que el que es incrédulo, su alma no será recta en él mismo (Habacuc II, 2, 4).

11. Y también por Ageo, sobre Cristo que reinará en las naciones, el mismo Señor canta así, diciendo: Mi espíritu estará en medio de vosotros, no temáis, porque así dice el Señor: Aún un poco, y yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca, y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones (Ageo II, 6). Si algún incrédulo entiende esta profecía sobre el Anticristo, es sin duda una mentira. Porque a él no lo desean las naciones, sino que solo los judíos lo esperan.

### CAPÍTULO III. Judíos y naciones son llamados a Cristo.

1. Porque ambos pueblos, judíos y naciones, son llamados bajo el gobierno de Cristo por las profecías de los profetas, Isaías dice: Y será en aquel día, que un hombre criará una vaca de bueyes, y dos ovejas, y por la abundancia de leche comerá mantequilla (Isaías VII, 21). La vaca de bueyes es el pueblo de Judea que viene de la semilla de los patriarcas. Las dos ovejas son la Iglesia que viene de las naciones, y por eso dos ovejas, y una vaca, porque el número de la Iglesia de las naciones es mayor que el de los judíos.

2. El hombre que las criará es Cristo mismo, quien por Jeremías dice: Convertíos, hijos rebeldes, dice el Señor, porque yo soy vuestro esposo, y os tomaré, uno de cada ciudad, y dos de cada familia, y os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con ciencia y doctrina (Jeremías III, 14). A los soberbios les había dicho por Isaías: Criará un hombre una vaca y dos ovejas; a quien Dios ahora muestra ser él mismo, quien tomará dos de cada familia, y uno de cada ciudad, porque el número de creyentes de la circuncisión es menor que el del prepucio.

3. Esta ciudad la llama Judea, o Jerusalén; la familia, las naciones; los pastores, los apóstoles, o los doctores de la Iglesia, que predicán la gracia de Cristo. Así también en otro lugar el mismo Jeremías proclama que los judíos servirán a Cristo: Y será en aquel día, dice el Señor de los ejércitos, romperé el yugo de tu cuello, y romperé tus cadenas, y no les servirán más los extranjeros, sino que servirán al Señor su Dios, y a David su rey, a quien levantaré para ellos (Jeremías XXX, 8). De quien Jeremías: «He aquí que vienen días, dice el Señor, y levantaré a David un renuevo justo, y reinará un rey, y será sabio, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado, y este es el nombre con que lo llamarán, el Señor nuestra justicia» (Jeremías XXIII, 5).

4. Cuyo nacimiento, por causa de ambas naciones, la voz del Padre por el salmista anuncia así: «Recordaré de Rahab y de Babilonia a los que me conocen. He aquí Filistea, y Tiro con Etiopía, este nació allí. Y de Sión se dirá: Este y aquel hombre nacieron en ella, y el Altísimo mismo la establecerá. El Señor contará al escribir a los pueblos: Este nació allí.» En Babilonia, Filistea, Tiro, Etiopía se significan las naciones. En Sión, el pueblo hebreo, porque por la salvación de ambas naciones nació Cristo.

5. También Ezequiel predica a Cristo reinando sobre ambas naciones bajo la figura de David: «Un rey, dice, será sobre todos ellos, y no serán más dos naciones, ni se dividirán más en dos reinos, ni se contaminarán más con sus ídolos, y con sus abominaciones, y con todas sus iniquidades, y los salvaré de todas sus moradas en las que pecaron; y los limpiaré, y serán mi pueblo, y yo seré su Dios, y mi siervo David será rey sobre ellos, y habrá un solo pastor para todos ellos» (Ezequiel XXXVII, 22).

6. Porque Cristo es rey de los judíos, Isaías indica diciendo: Decid a la hija de Sión: He aquí tu rey viene a ti justo, y salvador, humilde, montado sobre un asno indómito. Pero el profeta Daniel, escribiendo sobre el poder de Cristo, no solo sobre las naciones, sino también sobre los judíos dado por el Padre, dice así: «Miraba en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo, como un Hijo de hombre venía, y llegó hasta el Anciano de días, y lo presentaron delante de él» (Daniel VII, 13).

7. Pues después de haber dicho que fue llevado al cielo, y conducido hasta el Padre, añadió: Y le fue dado dominio, y gloria, y reino, y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán. ¿Qué tribus, sino el pueblo hebreo? ¿Qué lenguas, sino las naciones gentiles? También el profeta Amós llama a los judíos al reino de Cristo de parte de Dios diciendo: «Prepárate para encontrarte con tu Dios, oh Israel, porque he aquí que yo formo el trueno, y creo el espíritu, y anuncio a los hombres su Cristo» (Amós IV, 12).

8. Así también Isaías: Casa de Jacob, venid, y caminemos a la luz del Señor (Isaías II, 5). De quien David dice: En tu luz veremos la luz (Salmo XXXV, 10). Entre estas cosas, el profeta Miqueas, al declarar el lugar de origen de Cristo, así lo añadió como dominador sobre Israel: Y tú, dice, Belén Efrata, aunque eres pequeña entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel (Miqueas V, 2).

9. En este lugar muestra que Cristo es el Señor de los judíos, y que ese mismo pueblo será sometido a su gobierno, donde también predijo su poder por todo el mundo así: «Estará, dice, y apacentará su rebaño con la fuerza del Señor, y en la majestad del nombre de su Dios estarán, porque ahora será engrandecido hasta los confines de la tierra, y él será la paz.»

10. Sobre cuya venida a los judíos, el Señor habla así a través de Isaías: «Sube a un monte alto, tú que llevas buenas nuevas a Sion, alza con fuerza tu voz, tú que llevas buenas nuevas a Jerusalén; di a las ciudades de Judá: No temas. He aquí vuestro Dios. He aquí que el Señor Dios vendrá con poder, y su brazo dominará. He aquí que su recompensa está con él, y su obra delante de él, como pastor apacienta su rebaño, en su brazo reúne a los corderos» (Isaías 40, 9).

11. Zacarías, el profeta, proclama así sobre el reino de Cristo entre los judíos y los gentiles: Alégrate mucho, hija de Sion, grita de júbilo, hija de Jerusalén, he aquí que tu rey viene a ti, justo y salvador, él es pobre y cabalga sobre un asno y sobre un pollino, hijo de asna, y su dominio será de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Zacarías 9, 9). Cómo esta profecía se cumplió en Cristo, lo atestiguan los mismos Evangelios.

CAPÍTULO IV. De la vocación de los gentiles a la fe antes que los hebreos.

1. Ya que las naciones podían creer primero en Cristo, y después los judíos, el profeta David lo muestra; pues viendo que el Señor había venido a redimir a Judea, pero que antes los gentiles creerían, y después seguiría Judea, dice: Etiopía adelantará sus manos a Dios (Salmo 68, 32), es decir, antes de que Judea crea, la gentilidad, negra por los pecados, se ofrece a Dios todopoderoso para ser salvada. Como también dice Isaías: Hasta que entre la plenitud de los gentiles, y así todo Israel será salvo; y en Deuteronomio: Seréis cabeza de las naciones, pero el pueblo incrédulo será la cola (Deuteronomio 28, 44), como si al final se convirtiera.

CAPÍTULO V. Que al final del mundo los judíos creerán en Cristo.

1. Aunque estos judíos carnales pasen, después, en los últimos tiempos, sus hijos creerán en Cristo, como lo atestigua el profeta Oseas: Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdocio, sin manifestaciones (Oseas 3, 4, 5). Ciertamente, como ahora parecen estar; luego añadió: Y después volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey, y se asombrarán en el Señor, y en sus bienes, en los últimos días.

2. Toda esta profecía es sin duda sobre Cristo, quien se significa en el nombre de David. De cuya descendencia según la carne fue engendrado, de quien Jeremías dice: He aquí que vienen días, dice el Señor, y levantaré a David un renuevo justo, y reinará un rey, y será sabio, y hará juicio y justicia en la tierra. En esos días será salvo Judá, e Israel habitará confiado, y este es el nombre con que lo llamarán, el Señor nuestra justicia (Jeremías 23, 5).

3. También Malaquías dice que antes del fin del mundo Elías será enviado para la conversión de los judíos: «He aquí que yo os envío al profeta Elías, antes de que venga el día del Señor, grande y terrible, y convertirá el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia sus padres» (Malaquías 4, 5). Pues antes del juicio, el Señor enviará a Elías para convertir el corazón de los hijos hacia el corazón de los patriarcas y profetas, para que su posteridad crea en el Señor Jesucristo, a quien ellos profetizando esperaron.

4. Pues si hasta ahora los judíos creen correctamente, ¿qué es aquello en lo que el último profeta testifica que serán convertidos por Elías? Ahora están cegados de mente, y no pueden entender al Salvador, a quien oyen, sino al final del mundo, cuando sea la consumación del siglo; pues el Señor lo pronuncia a través del profeta Isaías diciendo: «Oíd, oíd, y no entendáis; y ved la visión, y no la conozcáis; ciega el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y cierra sus ojos, no sea que vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo los sane» (Isaías 6, 9).

5. Y el profeta dijo: «¿Hasta cuándo, Señor?» y dijo el Señor: «Hasta que las ciudades queden desoladas sin habitante, y las casas sin hombre, la tierra quede desierta, y el Señor aleje a los hombres; entonces se convertirá, y será en manifestación, como el terebinto, y como el roble, que extiende sus ramas, la simiente santa será la que permanezca en ella.» He aquí que aparece que ahora están ajenos a la luz de la fe y la verdad; pues oyen a Cristo, y no entienden; ven, y no reconocen.

6. Pero, ¿hasta cuándo estarán así? Hasta que las ciudades sean subvertidas, y la tierra casi vuelva a ser un desierto; entonces, convertidos, verán, creerán en Cristo, y entendiendo serán sanados, y conocerán todo. Según lo que también Jeremías les dice: En los últimos días lo entenderéis (Jeremías 30, 24). Sobre esta última creencia de los judíos, también dice Sofonías: «En aquel tiempo salvaré a la coja, y recogeré a la que fue expulsada; y los pondré en alabanza, y en nombre en toda la tierra de su confusión, en aquel tiempo en que os traeré, y en el tiempo en que os recogeré. Pues os daré en nombre y en alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando convierta vuestra cautividad ante vuestros ojos, dice el Señor» (Sofonías 3, 19).

7. Llamó al pueblo judío cojo, que ahora cojea de los caminos de la fe, como lo atestigua el salmo diciendo: Cojearon de sus caminos (Salmo 18, 46); y Dios anuncia que salvará a este en el último tiempo, cuando dice: Salvaré a la coja. Y por Ezequiel: Después de muchos días serás visitado, y en los últimos años vendrás (Ezequiel 38, 8); y un poco más arriba que serán bautizados: «Os tomaré de entre las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestra tierra, y derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos os limpiaré, y os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros, y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón de carne, y pondré mi espíritu dentro de vosotros, y haré que andéis en mis preceptos, y guardéis mis juicios, y los pongáis por obra, y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios, y os salvaré de todas vuestras inmundicias» (Ezequiel 36, 24).

8. Este es el pueblo que será convertido en los últimos tiempos, al que el patriarca Jacob profetiza bajo la figura de Benjamín como un lobo que devora la presa por la mañana, y por la tarde reparte los despojos (Génesis 49, 27). Ciertamente porque al principio del mundo el mismo pueblo recibió la ley como por la mañana, pero al atardecer del mundo, cuando crea, dividirá entre el Nuevo Testamento y el Antiguo. Pues de lo que se promete a Israel en el futuro, se dice a esa misma parte que creará en Cristo cuando en los últimos tiempos se conviertan, como aquello en el mismo Oseas: Y será en el lugar donde se les dijo: No sois mi pueblo, se les dirá Hijos del Dios viviente, y se reunirán los hijos de Judá y los hijos de Israel juntos, y se pondrán un solo jefe (Oseas 1, 10).

9. Esto será en los últimos tiempos, cuando, predicando Elías, Judá se convierta a Cristo, para que sea uno con Israel espiritualmente, es decir, con el pueblo de los gentiles, que ya ven a

Dios por la fe, poniéndose un solo jefe, que es Cristo, y subiendo de la tierra, es decir, de la esperanza carnal y terrena a las promesas celestiales.

CAPÍTULO VI. Muchos del pueblo judío no iban a creer.

1. Pero porque muchos del pueblo judío no iban a creer en Cristo, Moisés, el legislador, predijo su incredulidad: Y tu vida estará pendiente ante tus ojos, y temerás día y noche, y no creerás en tu vida (Deuteronomio 28, 66). De donde también Isaías: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? y el brazo del Señor, ¿a quién ha sido revelado? Y lo vimos, y no había aspecto (Isaías 53, 1). Con estas palabras designa la incredulidad de los judíos, que viendo a Cristo no lo recibieron, a quien porque no pudieron creer ni conocer, inmediatamente tendrán la ruina.

2. Así lo predijo Jeremías: «Subid a sus muros, y destruid, quitad sus ramas, porque no son del Señor. Se ha rebelado contra mí la casa de Judá, dice el Señor, me han negado y han dicho: No es él» (Jeremías 5, 10). Esto es lo que ahora dicen los judíos sobre Cristo: No es él, esperando a otro, que es el Anticristo. De donde también el Señor: Yo, dice, vine en nombre de mi Padre, y no me recibisteis, otro vendrá en su propio nombre, y a él recibiréis (Juan 5, 43).

3. También en el mismo Jeremías: He aquí que la palabra del Señor les ha sido hecha oprobio, y no la reciben (Jeremías 6, 10). Aún porque, obedeciendo las naciones a Cristo, los judíos no lo iban a recibir, se muestra en los Salmos. Pues cuando por el profeta decía el mismo Cristo: Me pondrás por cabeza de las naciones, y el pueblo que no conocí me sirvió, inmediatamente añadió la incredulidad judía, diciendo: Los hijos mentirosos me son extraños, los hijos extraños envejecieron, y cojean de sus caminos (Salmo 18, 44). ¿Quiénes son los extraños, sino los judíos? que correctamente se llaman extraños, porque permaneciendo en la perfidia, han sido rechazados de las recompensas de la vida eterna, que nos son prometidas según la fe por el Hijo de Dios.

4. Esta también en Cristo es la perversa incredulidad de los judíos anotada por Isaías, diciendo el Señor a ellos: «Oíd, oíd, y no entendáis; y ved la visión, y no la conozcáis; ciega el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y cierra sus ojos, no sea que vean con sus ojos, y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan, y yo los sane» (Isaías 6, 9). Y en otro lugar: Todo el día extendí mis manos a un pueblo no creyente y contradictor, que anda por caminos no buenos (Isaías 65, 2).

5. A los cuales Jeremías: «Oye esto, pueblo necio y sin corazón, tienen ojos, y no ven, tienen oídos, y no oyen; ¿no me temeréis, dice el Señor, o no temeréis ante mi rostro? que puse la arena como límite del mar, un mandato eterno, y no lo transgredirá, y se agitará, y no podrá, y se hincharán sus olas, y no lo transgredirán; pero a este pueblo le ha sido hecho un corazón desobediente e incrédulo» (Jeremías 5, 21).

6. Y en otro lugar el mismo: ¿Cómo decís: Somos sabios, y la ley del Señor está con nosotros? (Jeremías 8, 8). Ciertamente el estilo mentiroso de los escribas ha obrado mentira, los sabios se han confundido, y aterrados, han sido capturados. Pues han rechazado la palabra del Señor, y no hay sabiduría en ellos. De los cuales Isaías: Que hacían pecar a los hombres en palabra, y se apartaron en vano del justo (Isaías 29, 21). Por lo cual el mismo profeta los increpa diciendo: «Oídmme, duros de corazón, que estáis lejos de la justicia, he acercado mi justicia, no se alejará, y mi salvación no tardará. Daré en Sion salvación, y en Jerusalén mi gloria.»

7. El mismo profeta anuncia así la fe de los gentiles y la incredulidad de los judíos en Cristo: «Me buscaron los que antes no preguntaban, me hallaron los que no me buscaban; dije: He aquí yo, he aquí yo, a una nación que no invocaba mi nombre, extendí mis manos todo el día a un pueblo incrédulo» (Isaías 65, 1, 2). Pues ahora las naciones buscaron, que antes no preguntaban, porque a ellos no venían los profetas, y encontraron, cuando les anunciaron a Cristo.

8. ¿Qué hace realmente el pueblo judío, sino lo que sigue? Extendí mis manos todo el día a un pueblo incrédulo. Y de nuevo sobre la misma promesa a los gentiles: «Y serán los campos en rediles de rebaños, y el valle de Acor en lugar de descanso para los rebaños de mi pueblo, que me buscaron, y vosotros, que dejasteis a Dios, os contaré para la espada, y todos caeréis en la matanza» (Isaías 65, 10 y ss.).

9. ¿De qué pueblo son estas promesas, sino de los gentiles, que buscaron a Dios? de los cuales dijo antes: Me buscaron los que antes no preguntaban. ¿Y quiénes son los que dejaron a Dios, y cayeron en la matanza, sino el pueblo judío? del cual ya dijo: Extendí mis manos a un pueblo incrédulo. Contra este son también las siguientes: He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre, porque, mientras el pueblo llamado de entre los gentiles se alimenta del pan de la palabra de Dios, Judea se seca hambrienta.

CAPÍTULO VII. Por la incredulidad de los judíos, Cristo iba a pasar a los gentiles.

1. Y porque por la incredulidad de los judíos Cristo iba a dejar Judea, y pasaría a los gentiles, el profeta Jeremías lo había predicho, diciendo: «A ti hemos pecado, esperanza de Israel, su Salvador. ¿Por qué serás como un colono en la tierra, y como un viajero que se desvía para quedarse? ¿Por qué serás como un hombre errante y que no puede salvarse?» (Jeremías 14, 8). ¿Qué se entiende en esta sentencia, sino que el profeta veía en espíritu que viniendo Cristo iba a dejar Judea, e iría por la fe a los gentiles? Por eso decía: ¿Por qué serás como un colono en la tierra, y como un viajero que se desvía para quedarse? Esto es, viniste a la tierra, pronto a partir de los judíos.

2. Como también en otro lugar, en persona del Señor, el mismo profeta dice: «¿Quién me dará en el desierto un albergue de caminantes? y dejaré a mi pueblo, y me apartaré de ellos, porque todos son adúlteros, una asamblea de traidores, y extienden su lengua como un arco de mentira, y no de verdad» (Jeremías 9, 2). Esta es la voz de Cristo, que en el desierto de los gentiles estableció un albergue, es decir, la Iglesia, en la que se convertirían los errantes, dejando al pueblo de los judíos. A los cuales por Malaquías dice: «No tengo más voluntad en vosotros, dice el Señor de los ejércitos, y no aceptaré ofrenda de vuestra mano; porque desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, grande es mi nombre entre las naciones» (Malaquías 1, 10).

3. Pues antes estaba Dios con ellos, pero después de que por su pecado fueron rechazados, el Redentor del mundo pasó al pueblo de los gentiles. Cuyo conjunto ahora por todo el orbe de la tierra exultante dice: El Señor ha hecho grandes cosas con ellos, el Señor ha hecho grandes cosas con nosotros, y estamos alegres (Salmo 126, 3). Pues Cristo vino primero al pueblo de Israel, pero que no iban a creer, el profeta no lo calló, diciendo: Primero dirá a Sion: He aquí que estoy aquí, y daré a Jerusalén un evangelista, y vi, y no había ninguno de estos que entrara en consejo, y preguntado respondiera palabra (Isaías 41, 27). Pero porque pasó a los gentiles, sigue: «He aquí mi siervo, lo recibiré; mi elegido, mi alma se complace en él, he puesto mi espíritu sobre él, llevará juicio a las naciones» (Isaías 42, 1).

## CAPÍTULO VIII. Que, rechazados los judíos, las naciones entraron.

1. He aquí que se ha mostrado que los judíos, por el crimen que cometieron contra Cristo, fueron rechazados y dispersados. Pero porque, rechazados ellos, las naciones iban a suceder en sus lugares por la fe, tampoco los profetas callaron esto. Isaías dice así: «Saca fuera al pueblo ciego, que tiene ojos, sordo, que tiene oídos. Todas las naciones se han reunido juntas, y se han recogido las tribus. ¿Quién de vosotros anunciará esto? y ¿quién nos hará oír las cosas primeras?» (Isaías 43, 8). He aquí que Israel es sacado fuera, teniendo ojos y oídos, hacia las promesas terrenales; y se recoge en uno la diversidad de las naciones, para que, donde ellos fueron llamados, estos entren, y a estos pertenezca la herencia que a aquellos fue prometida.

2. Aún porque esas mismas naciones iban a suceder en los lugares de los judíos, el mismo profeta en otro lugar lo aprueba, diciendo: «En aquel día se cantará este cántico en la tierra de Judá. Ciudad de nuestra fortaleza es Sion, el Salvador será puesto en ella, muro y antemural; abrid las puertas, y entrará la nación justa, que guarda la verdad, el viejo error ha pasado. Guardarás la paz, porque en ti hemos confiado, humillará a los habitantes en lo alto, la ciudad sublime la humillará: la humillará hasta la tierra, la derribará hasta el polvo, y la pisará el pie del pobre, los pasos de los necesitados» (Isaías 26, 1). Con esta profecía se muestra que el pueblo justo y humilde de las naciones ha sucedido en el lugar que el pueblo soberbio de los judíos había perdido.

3. Tales cosas también en otro lugar el mismo profeta bajo acción de gracias al Señor dice: «Señor, tú eres mi Dios, te exaltaré; alabaré tu nombre, porque has hecho maravillas y pensamientos antiguos fieles. Amén. Porque has puesto la ciudad en un túmulo, la ciudad fuerte en ruina, la casa de extraños, para que no sea ciudad, y para siempre no se edifique, sobre esto te alabará el pueblo fuerte, la ciudad de las naciones robustas te temerá» (Isaías 25, 1).

4. En otro lugar también, al mismo tiempo, habla a esos judíos bajo reproche, diciendo: «Y vuestro nombre será dejado en juramento a mis elegidos; pero el Señor Dios os matará, y a sus siervos los llamará con otro nombre, en el cual el que es bendecido sobre la tierra será bendecido por el Señor, amén, y el que jura en la tierra, jurará por Dios. Amén» (Isaías 65, 15). En la tierra quien jura, es decir, en la carne recibida de Cristo, en la cual quien jura, verdaderamente jura en Dios.

## CAPÍTULO IX. Los judíos fueron derrotados y dispersados por el pecado contra Cristo.

1. Porque a causa del pecado que cometieron los judíos contra Cristo, fueron derrotados y dispersados, Isaías lo profetizó, diciendo: «Él los redimió, los llevó y los levantó todos los días del siglo, pero ellos provocaron su ira y afligieron el espíritu de su santo, y se volvió contra ellos como enemigo, y él los derrotó» (Isaías 63, 9). También a través del profeta Oseas: «¡Ay de ellos, porque se apartaron de mí, serán devastados porque se rebelaron contra mí. Yo los redimí, y ellos hablaron mentiras contra mí, se apartaron de mí, y yo los instruí y fortalecí sus brazos. Y ellos pensaron maldad contra mí, regresaron para estar sin yugo. Se convirtieron en un arco engañoso, mi Dios los rechazó porque no lo escucharon, y serán vagabundos entre las naciones» (Oseas 7, 13; 9, 16).

2. E Isaías, después de haber predicado sobre Cristo diciendo: Como oveja fue llevado al matadero (Isaías 53, 7), añadió inmediatamente: Por la iniquidad de mi pueblo lo herí; y daré

a los impíos por su sepultura, y a los ricos por su muerte, y lo demás. Y a través de Jeremías, el mismo Hijo, por su pasión, así infiere la perdición de los judíos; dice: Mi herencia se ha convertido para mí como un león en la selva, levantó su voz contra mí, por eso la odié. ¿Acaso mi herencia es para mí como un ave de colores? ¿Acaso es un ave teñida por completo? Vengan, reúnanse, todas las bestias de la tierra, apresúrense a devorar (Jeremías 12, 8). Dijo reúnanse; porque vinieron las bestias del campo, es decir, los feroces príncipes de las naciones, y fueron entregados a ellos para devorar al pueblo de los judíos.

3. Porque levantaron su voz contra el Señor, de donde también añade: Por mí fue devastada toda la tierra. Esta es la voz de Cristo. Porque los hijos de Israel habían cometido muchos pecados antes, pero nunca fueron entregados a una perdición y cautiverio tan largos; pero cuando completaron la medida de sus padres, y después de la muerte de los profetas mataron a Cristo, entonces, acumulando pecado sobre pecado, fueron entregados a una larga devastación. Por eso ahora se dice: Por mí fue devastada toda la tierra.

4. Porque no entienden que fueron entregados al saqueo, el profeta Isaías lo predijo antes, diciendo: El Señor derramó sobre su pueblo la indignación de su furor, y una guerra fuerte; y lo quemó alrededor, y no lo reconoció, y lo encendió, y no lo entendió (Isaías 42, 25). Jeremías el profeta lamenta así su destrucción: Mis hijos se han perdido, dice, porque el enemigo prevaleció (Lamentaciones 1, 16). Y de nuevo: A los que crié y nutrí, mi enemigo los consumió (Lamentaciones 2, 22).

#### CAPÍTULO X. Sobre la ruina de Jerusalén.

1. Porque los judíos negaron a Cristo, Jerusalén fue destruida, el mismo Señor lo predica a través de Jeremías, diciendo: «Suban a sus muros, y destruyan, quiten sus ramas, porque no son del Señor, porque la casa de Judá se rebeló contra mí, dice el Señor, me negaron y dijeron: No es él» (Jeremías 5, 10). También Isaías: «Jerusalén cayó, y Judá se desplomó, porque su lengua y sus invenciones están contra el Señor» (Isaías 3, 8).

2. Este testimonio demuestra que la ciudad de Jerusalén y la provincia de Judea cayeron juntas, y muestra la causa de su crimen, porque blasfemaron contra el Señor, diciendo: «¡Quítalo, quítalo, crucifícalo! No tenemos rey, sino a César» (Juan 19, 15). Y también el profeta David, por la futura pasión de Cristo, predijo la calamidad de la ciudad y de los judíos desde la persona del mismo Cristo, cuando ellos, como dice el Evangelio, le dieron hiel y vinagre: «Dieron, dice, en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre. Que su mesa sea para ellos un lazo, y en retribución, y en escándalo. Derrama sobre ellos tu ira, y que la indignación de tu ira los alcance. Que su morada sea desolada, y en sus tiendas no haya quien habite» (Salmo 68, 22).

3. Esto se cumplió después, lo que había sido predicho antes; porque sucedió en esta misma ciudad de Jerusalén; pues después de que dieron a Cristo a beber amargura, y después de que clamaron contra el Hijo de Dios para que fuera asesinado, luego vino la venganza del Señor, la ciudad fue derrotada, los judíos fueron conquistados, y muchos miles fueron asesinados; y ahora no se permite a ningún judío acercarse allí, donde clamaron para que Cristo fuera crucificado.

4. También en Daniel, el ángel, después de predecir la muerte de Cristo, inmediatamente anunció la subsecuente destrucción de Jerusalén, diciendo: «Y el pueblo con el líder venidero destruirá la ciudad y el santuario» (Daniel 9, 26), es decir, el ejército romano con Vespasiano. Isaías el profeta compuso un canto lamentable sobre esta devastación, en el que se llora a

Jerusalén, y su ruina perpetua se canta en lenguaje profético bajo la similitud de una viña, en la que Dios plantó una torre y un lagar, es decir, el templo y el altar (Isaías 5, 2).

5. Esta viña, mientras produjo abundantes frutos, tuvo a Dios como guardián, de quien está escrito: «No dormitará ni dormirá el que guarda a Israel» (Salmo 121, 4); pero después de que produjo espinas para su Creador, Dios la abandonó, y de inmediato fue devastada por el jabalí del bosque (Salmo 80, 14), y todos los que pasaban por el camino la vendimiaron, así dice el Señor: «Y ahora os mostraré lo que haré a mi viña; quitaré su cerca» (Isaías 5, 5), es decir, quitaré la ayuda de los ángeles (de los cuales está escrito en los Salmos: «El Señor enviará su ángel alrededor de los que le temen, y los librára» [Salmo 34, 8]). Y será saqueada por los adversarios, destruiré sus muros, para que esté abierta a las naciones enemigas, y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella» (Isaías 5, 6).

6. Esto no fue profetizado sobre la cautividad anterior; en ese tiempo, después de que la ciudad fue capturada, Jeremías profetizó, y Daniel, y Ageo, y Zacarías hablaron sobre el futuro. Pero esto fue predicho sobre la última cautividad, porque después de la pasión del Señor, los judíos no tuvieron profetas ni apóstoles que les proporcionaran lluvias de virtudes, sino que, por el contrario, les sucedió lo que el Señor prometió en Levítico a los que pecaban: «Haré que el cielo sobre vosotros sea de bronce, y la tierra de hierro» (Levítico 26, 19).

7. Y en Deuteronomio: «El cielo sobre ti será de bronce, y la tierra debajo de ti de hierro» (Deuteronomio 28, 23). Y de nuevo: «El Señor dará a tu tierra lluvia de polvo, y ceniza descenderá del cielo sobre ti, hasta que te destruya» (Deuteronomio 28, 24). Pero, ¿por qué les sucedieron estas cosas? Porque Dios esperaba que hicieran justicia y recibieran al dador de tantos dones. Pero ellos hicieron espinas, con las que coronaron a Cristo, y levantaron un clamor, con el que gritaron contra el Señor, es decir, contra Cristo, para que fuera crucificado.

CAPÍTULO XI. Sobre el rechazo de los judíos y la reprobación de la sinagoga.

1. Sobre esta ciudad, el Señor habla a través de Isaías, diciendo: «¿Dónde está el libro de repudio de vuestra madre, con el que la despedí? ¿O quién es mi acreedor, a quien os vendí? He aquí que por vuestras iniquidades fuisteis vendidos, y por vuestras maldades despedí a vuestra madre» (Isaías 50, 1). De manera similar, a través de Oseas: «Juzgad a vuestra madre, juzgad, porque ella no es mi esposa, ni yo su marido» (Oseas 2, 2). Sobre la reprobación de su pueblo, el Señor también habla a través de Jeremías, diciendo: «Dejé mi casa, abandoné mi herencia. Mi herencia se ha convertido para mí como un león en la selva, levantó su voz contra mí; por eso la odié» (Jeremías 12, 7).

2. Isaías expresa así la cautividad eterna de los judíos, diciendo: «Vuestra tierra está desierta, vuestras ciudades quemadas con fuego, vuestra región devorada por extranjeros ante vuestros ojos, y será desolada como en una devastación hostil» (Isaías 1, 7). Esta cautividad, aunque en parte se cumplió en el tiempo de Babilonia, se completó más plenamente bajo la cautividad romana, cuando el ejército romano devastó toda Judea, y la ciudad de Jerusalén fue destruida y quemada.

CAPÍTULO XII. Sobre la ruina perpetua de Jerusalén.

1. Isaías dice: «Será desolada como en una devastación hostil, y la hija de Sion será dejada como un cobertizo en una viña» (Isaías 1, 7). Así fue destruida y abandonada Jerusalén, manifestados los sacramentos de la verdad cristiana, como se abandonan las cabañas de las viñas, una vez completadas las vendimias. Porque así como el cobertizo no se hace por sí

mismo, sino por la vendimia, así el antiguo pueblo no existió por su propia salvación, sino por la verdad cristiana.

2. También él: «Sobre la tierra de mi pueblo han crecido espinas y zarzas» (Isaías 32, 13). ¿Cuánto más sobre todas las casas de alegría, la ciudad de la exultación? «Porque la casa, dice, ha sido abandonada, la multitud de la ciudad ha sido dejada, las tinieblas y el tanteo han caído sobre las cavernas para siempre.»

3. También el mismo Isaías pronuncia así la ruina perpetua de la Jerusalén terrenal y la vocación de las naciones, diciendo: «Señor mi Dios, tú eres, y te exaltaré, alabaré tu nombre, porque has hecho maravillas, pensamientos antiguos fieles. Amén. Porque has puesto la ciudad en un túmulo, la ciudad fuerte en ruina, la casa de extranjeros, para que no sea ciudad, y nunca más se construya. Por esto te alabará el pueblo fuerte, la ciudad de las naciones robustas te temerá, porque has sido fortaleza para el pobre, fortaleza para el necesitado en su tribulación. Esperanza del torbellino, sombra del calor. Porque el espíritu de los fuertes es como un torbellino que empuja el muro; como el calor en la sed, humillarás el tumulto de los extranjeros; y como el calor bajo una nube ardiente, harás marchitar las ramas de los fuertes. Y el Señor de los ejércitos hará para todos los pueblos en este monte un banquete de manjares succulentos, de vinos refinados» (Isaías 25, 1).

4. Y Ezequiel: «Cuando dé, dice el Señor, gloria en la tierra de los vivientes» (Ezequiel 26, 20, 21). Con esta palabra demostrando la futura claridad de la Iglesia de entre las naciones, vuelve la sentencia del oráculo a la Jerusalén terrenal, diciendo: «Te reduciré a nada, y no serás, y buscada no serás hallada más para siempre.» Sobre la ruina perpetua de esta ciudad, también dice el Señor a Jeremías: «Y romperás la vasija en los ojos de los que vayan contigo, y les dirás: Así dice el Señor de los ejércitos: Así romperé a este pueblo y a esta ciudad, como se rompe una vasija de alfarero, que no se puede restaurar más» (Jeremías 19, 10).

5. Sofonías también predica así la eterna desolación de esta ciudad: «Esta es, dice, la ciudad gloriosa, que habitaba en confianza; que decía en su corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay otra; ¿cómo se ha convertido en un desierto, en guarida de bestias? Todo el que pase por ella silbará, y moverá su mano. ¡Ay de la ciudad provocadora y redimida, la paloma que no escuchó la voz, y no aceptó la disciplina!» (Sofonías 2, 15; 3, 1).

6. Finalmente, también Daniel indica que la destrucción de Jerusalén persistirá hasta la consumación del mundo: «Después de las setenta y dos semanas, dice, será muerto el Cristo, y no será su pueblo, el que lo negará, y el pueblo con el líder venidero destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será devastación, y después del fin de la guerra, desolación decretada, y cesará el sacrificio, y el santuario, y en el templo habrá abominación de desolación, y hasta la consumación y el fin, la desolación persistirá» (Daniel 9, 26).

### CAPÍTULO XIII. Sobre la desolación irreparable de los judíos.

1. Porque los judíos, según su esperanza, nunca serán restaurados, Jeremías dice: «Las ciudades del sur están cerradas, toda Judea ha sido trasladada con una transmigración completa» (Jeremías 13, 19); es decir, con una cautividad irrevocable. También él: «Porque mi pueblo me ha olvidado, ofreciendo en vano, y tropezando en sus caminos, y en las sendas de Israel, para que caminaran por ellas en un camino no trillado; para que su tierra se convirtiera en desolación y en un silbido eterno. Todo el que pase por ella se asombrará, y moverá su cabeza, como un viento abrasador los dispersaré» (Jeremías 18, 15).

2. Este mismo profeta proclama también esta desolación eterna de Israel carnal, diciendo: «Llamadlos plata reprobada, porque el Señor los ha rechazado» (Jeremías 6, 30). Y poco después: «Y abandonaré a mi pueblo, y me apartaré de ellos» (Jeremías 9, 2). Y en otro lugar: «Y os abandonaré, y vuestra ciudad, que os di a vosotros y a vuestros padres. Y os daré en oprobio eterno y en ignominia eterna, que nunca será borrada por el olvido» (Jeremías 22, 39).

3. El profeta Amós también predica plenamente sobre esto, y dice que Dios se ha apartado de Israel, para no tenerles misericordia nunca, sino que permanezcan inseparablemente en desolación eterna. Así dice: «Escuchad esta palabra que levanto sobre vosotros en lamento. La casa de Israel ha caído, no añadirá para levantarse. La virgen de Israel ha sido arrojada a su tierra, no hay quien la levante» (Amós 5, 1). He aquí donde el pueblo ha caído de tal manera que no se levantará. Y también las ceremonias carnales de este pueblo han sido anuladas al venir la verdad, para que nunca puedan ser resucitadas, cuando dice: «Ha sido arrojada a su tierra, no hay quien la levante.»

4. Esto se entiende verdaderamente sobre la esperanza terrenal de los judíos; y sigue en el mismo profeta: «Ha llegado el fin sobre mi pueblo Israel, no añadiré más para pasar por él, y los goznes del templo crujiarán en ese día, dice el Señor Dios. Muchos morirán, en todo lugar se arrojará silencio» (Amós 8, 2). En cuyo texto profético se encuentra por tercera vez que el Señor se ha apartado de Israel, para no tenerles misericordia nunca, según su esperanza. En los anteriores dice: «Ha caído, no añadirá para levantarse la virgen de Israel.» En el segundo dijo: «He aquí que pondré una plomada en medio de mi pueblo Israel, no añadiré más para sobrepasarlo.» Y en el tercero dice: «Ha llegado el fin sobre mi pueblo Israel, no añadiré más para pasar por él» (Amós 7, 8).

5. Todo esto se refiere al reino carnal de este pueblo, o a su observancia, porque serán irreparables. Porque las promesas de restauración, que el discurso de sus profetas abarca, se prometen a esa parte que de los judíos creará en Dios; porque ni todos los judíos serán redimidos, ni todos serán salvos. Pero los malvados y pecadores serán destruidos y consumidos, y aquellos que sean elegidos por la fe serán salvados. Hemos hablado del pueblo y de la ciudad: hablemos de lo que los profetas sostuvieron sobre el Nuevo Testamento.

CAPÍTULO XIV. Que, evacuado el Antiguo Testamento, habría un Nuevo.

1. Pero porque, evacuado el mismo Antiguo Testamento carnal, Dios daría un Nuevo Testamento, el Señor lo anuncia clarísimamente a través del profeta Isaías, diciendo: «No recordéis, dice, las cosas pasadas, ni consideréis las antiguas. He aquí que hago nuevas todas las cosas, y ahora brotarán. Ciertamente las conoceréis: pondré en el desierto un camino, y en el yermo ríos. Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque he dado en el desierto un camino, ríos en el yermo» (Isaías 43, 18, 22).

2. Con tales profecías, recomienda olvidar la ley del Antiguo Testamento, y hace mención del nuevo, diciendo: «No recordéis las cosas pasadas, he aquí que hago nuevas todas las cosas»; y para mostrar cuáles son las nuevas, añade: «Pondré en el desierto un camino, y en el yermo ríos.» Con lo cual significa que ha dado su doctrina entre las naciones, donde lo glorifica la bestia del campo, mientras los creyentes lo alaban, y los reinos del mundo, a quienes llama su pueblo adquirido. Sin embargo, contra Israel añade lo que sigue: «No me invocaste, Jacob, ni te esforzaste en mí, Israel.»

3. Sobre la promesa de este Nuevo Testamento, el mismo Señor a través del mismo profeta lo anuncia así: «Las cosas primeras, he aquí que han sucedido; también anuncio nuevas, antes de que broten, os las haré oír» (Isaías 42, 9). Con estas palabras declara que el Antiguo Testamento ha llegado, y anuncia el nuevo, que se completó en la era cristiana. Las primeras son, las antiguas de las nuevas, pero en orden, no en dignidad; por lo que los pactos que son posteriores en el tiempo, evacuados los anteriores, se consideran mayores que los primeros.

4. A través del profeta Jeremías, el Señor promete dar un Nuevo Testamento, evacuado el anterior, diciendo: «He aquí que vienen días, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá, no como el pacto que hice con sus padres, el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto, pacto que invalidaron, y yo fui su Señor, dice el Señor. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel, dice el Señor, pondré mi ley en sus entrañas, y en su corazón la escribiré.

5. En este lugar, en las profecías de los profetas, se ha hecho mención del Nuevo Testamento, que porque podría diferir del Antiguo Testamento, añade: «No como el Testamento que di a sus padres.» Porque hay en ambos una maravillosa diferencia de preceptos. En aquel, excepto los sacramentos, que eran sombras de lo por venir, las demás promesas son temporales, el sábado, la circuncisión, y el múltiple rito de sacrificios, la observancia de alimentos, y las ceremonias de los días: todo lo cual corresponde al vetusto carnal. Pero en el Nuevo Testamento se promete el bien del corazón; se promete la felicidad de la vida eterna. Y no fuera, en tablas de piedra, sino dentro, en las tablas del corazón.

6. Por lo cual añade así: «Porque este es el Testamento que ordenaré a la casa de Israel. Después de aquellos días, dice el Señor, pondré mi ley en sus corazones, y en su mente la escribiré» (Jeremías 31, 33). Con lo cual significa que debe obrar espiritualmente en nuestros corazones según el hombre interior, cambiada la antigüedad de la operación carnal. Dentro está la circuncisión, no por la mutilación de la carne, sino por la purificación del corazón. Dentro está el sábado, no por la abstinencia de obras serviles, sino por la abstinencia de pecados.

94 7. Esta ley también se revela claramente a los gentiles, como el Señor lo declara a través de Isaías, diciendo: "De mí saldrá la ley, y mi juicio reposará como luz de las naciones" (Isaías 51, 4); por lo cual se muestra que el pacto del Nuevo Testamento es común tanto para judíos como para gentiles, como también lo testifica el profeta Oseas: "En aquel día, dice el Señor, me llamarás 'mi esposo', y no me llamarás más 'Baalim', y quitaré los nombres de Baalim de su boca, y no se recordará más de sus nombres. Y haré para ellos un pacto en aquel día con las bestias del campo, con las aves del cielo, y con los reptiles de la tierra, y quebraré el arco, la espada y la guerra de la tierra, y los haré dormir con fiabilidad, y te desposaré conmigo para siempre, y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en misericordia y en compasión, y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás que yo soy el Señor" (Oseas 2, 16).

## CAPÍTULO XV. Sobre el cese del Sábado.

1. Con razón los judíos guardarían el Sábado carnalmente, si supieran qué es el Sábado. Usurpan el nombre del Sábado, pero ignoran su verdadero significado. Se deleitan en guardar la ley carnalmente, mientras que toda ella debe entenderse espiritualmente, como dice el Señor a través del profeta: "Abriré mi boca en parábolas, hablaré de proposiciones desde el

principio del mundo" (Salmo 77, 2). Por lo tanto, si la ley y los profetas consisten en parábolas y enigmas, la observancia del Sábado no debe tomarse sino espiritualmente.

2. Pues sus descansos carnales han sido disueltos por el Señor y los Padres. Porque si es un crimen no observar el descanso del Sábado, ¿por qué Dios trabaja en el Sábado? Así está escrito en el Génesis: "Y completó Dios en el séptimo día su obra que había hecho" (Génesis 2, 2); por lo tanto, al principio el Sábado fue disuelto, mientras Dios trabaja en él, completando todo en él, y bendiciendo ese día, porque en él completó todo. Asimismo, si es un crimen no observar el descanso del Sábado, ¿por qué Josué, discípulo y sucesor de Moisés, por mandato del Señor, durante siete días continuos, entre los cuales ciertamente estaba el Sábado, sacó al ejército y las armas, y al rodear el arca, con las trompetas sonando, derribó los muros de Jericó? (Josué 6, 15).

3. ¿Qué más puedo decir de los Macabeos? De quienes está escrito: "Y los judíos no querían vengarse de los extranjeros en el día del Sábado" (1 Macabeos 2, 41). Después, habiendo tomado consejo, lucharon en el día del Sábado y triunfaron sobre sus enemigos. Con estos testimonios se nos enseña que no pertenece a la fe guardar este día elemental del Sábado, sino otro espiritual; pues este Sábado carnal no fue dado para purificación, sino para tentación, como dice el Señor en la ley: "Para probarlos, si andan en mi ley o no. Seis días recogerán maná, el séptimo no lo recogerán" (Éxodo 16, 4, 26).

4. Así que, al decir: "Para probarlos", se muestra que el Sábado no fue ordenado para justificación, sino para tentación. De aquí que Dios hable a través del profeta Ezequiel, diciendo: "Les di preceptos no buenos" (Ezequiel 20, 25); ciertamente porque a un pueblo carnal se le permitieron ciertas cosas carnales, que sin embargo cesaron con la llegada del Evangelio, como también dice a través del profeta: "Haré cesar todo su gozo, y sus Sábados" (Oseas 2, 11), que el mismo Señor dice odiar: "Las lunas nuevas y vuestros Sábados aborreció mi alma" (Isaías 1, 13).

5. Por lo tanto, si los Sábados son eternos, ¿por qué Dios mandó que cesaran? Si son buenos, ¿por qué los odió? El Sábado que los israelitas recibieron como don significaba el descanso de la mente, para que no se fatigase con el deseo de cosas terrenales en esta vida. Pues Sábado significa descanso. Pero esta ociosa festividad de los judíos se consume en lujurias, embriagueces y banquetes, dedicados todos a la lujuria y al fruto de la vida temporal, sirviendo al vientre y al placer.

6. Pero se pregunta: Si no se debe guardar el Sábado, ¿por qué se dijo en los mandamientos de Dios: "Acuérdate de santificar el día del Sábado, y seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es el Sábado del Señor tu Dios, no harás en él obra alguna" (Éxodo 20, 8)? En la obra de los seis días se demuestran las obras de seis mil años. Pues mil años ante Dios son comparados a un día, como testifica el profeta: "Porque mil años ante tus ojos son como un día" (Salmo 89, 4). El Sábado de estos días es el tiempo del séptimo milenio, y el descanso del reino y siglo futuro, donde ya no habrá operación de cosas, sino solo el descanso de los santos.

7. Pues estos Sábados temporales los odia Dios, mientras dice: "Las lunas nuevas y vuestros Sábados aborreció mi alma". Y bien dijo "vuestros", porque no son aquellos que Dios ordenó, sino los que el pueblo carnal eligió para sí. Pues de aquellos dijo: "Profanasteis mis Sábados" (Ezequiel 22, 8). De donde se distingue que el Sábado temporal es humano, pero el Sábado divino es aquel eterno, del cual se dice a través de Isaías: "Y será, dice, de mes en mes, y de

día en día, y de Sábado en Sábado, y vendrá toda carne a adorar en Jerusalén, dice el Señor" (Isaías 66, 33).

8. En segundo lugar, también se pregunta por qué dijo Jeremías: "Guardaos a vosotros mismos, y no llevéis cargas en el día del Sábado, ni las introduzcáis por las puertas de Jerusalén, y no saquéis cargas de vuestras casas en el día del Sábado" (Jeremías 17, 21). Escucha, pues, el misterio de su profecía: lleva cargas en el Sábado aquel a quien el día del juicio encuentre con su delito; lleva cargas en el Sábado aquel que, creyendo en Cristo, no cesa de pecar. Pues él es el descanso de las almas, como también él mismo dice: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo 11, 29).

9. Aún se pregunta en tercer lugar por qué aquel hombre que recogía leña en el día del Sábado fue tan atrocemente asesinado por orden de Dios por el pueblo. Esto es fácilmente planteado por los incrédulos. Entiendan, pues, que todas estas cosas les sucedieron en figura; pues están escritas para nuestra corrección. Aquel hombre antiguo y carnal, que se atrevió a violar el día del Sábado recogiendo leña (por lo cual fue castigado), insinuaba la forma de aquel que en el día del juicio sea hallado con obra carnal, es decir, que haya recogido leña, heno o paja para el alimento del fuego eterno. Pues recogiendo estas cosas para su perdición, cuando sea juzgado en el último día, será expulsado por todos los ángeles, y de inmediato castigado con la muerte última. Así, pues, todas las cosas que les sucedieron a aquellos judíos por la ley deben ser entendidas con temor.

#### CAPÍTULO XVI. Sobre la consumación de la circuncisión.

1. Ahora, después de la perpetua cautividad del pueblo, después de la ruina eterna de la ciudad, te anunciaré las observancias y celebraciones carnales de los judíos que han sido abolidas. Recibe, pues, primero la causa de la circuncisión. Porque de la simiente de Abraham según la carne había de venir Cristo, en quien se había prometido la bendición de todas las naciones, y desde Abraham hasta Cristo habrían de pasar muchos siglos, Dios, previendo que la raza de Abraham no se mezclara con las demás naciones, y que poco a poco su descendencia se volviera incierta, marcó al pueblo judío con el signo de la circuncisión, para que viviendo entre egipcios y asirios, entre babilonios o caldeos, se distinguieran de ellos y de las demás naciones por este signo.

2. De hecho, durante cuarenta años en el desierto nadie fue circuncidado, pues vivían solos sin mezcla de otra nación. Pero cuando el pueblo israelita cruzó el Jordán y llegó a la tierra prometida, el signo de la circuncisión previó el error futuro de la mezcla de naciones, lo cual creemos que fue razonablemente guardado hasta que naciera Cristo, quien había sido prometido de la simiente de Abraham, quien ya no limpiaría los corazones de todas las naciones por la circuncisión de la carne, sino por la amputación de los vicios.

3. Que no es la circuncisión de la carne, sino del corazón, Moisés lo preanunciaba a los hijos de Israel diciendo: "En los últimos días circuncidará el Señor tu corazón y el corazón de tu descendencia" (Deuteronomio 10, 6). De donde también Jeremías, previendo ya cercano aquel tiempo, provoca a los judíos al Nuevo Testamento y a la circuncisión del corazón, no del cuerpo, diciendo: "Así dice el Señor al hombre de Judá y a Jerusalén: Renovad para vosotros barbecho, y no sembréis entre espinas; circuncidaos al Señor vuestro, y quitad los prepucios de vuestros corazones, hombres de Judá y habitantes de Jerusalén, no sea que salga como fuego mi indignación, y se encienda, y no haya quien la apague" (Jeremías 4, 3).

4. Con estas palabras se amonesta a Jerusalén a pasar de la vejez de la circuncisión y la ley, que se compara a espinas y zarzas, a la gracia del Nuevo Testamento, y a mantener la circuncisión del corazón, no de la carne, según leemos, diciendo el apóstol Pedro: "Purificando por la fe sus corazones" (Hechos 15, 9). La cual fe, ya no por antiguos signos de la carne y la injuria del cuerpo, sino por la nueva gracia del lavado espiritual, el Señor anuncia a través de Isaías, diciendo: "No recordéis las cosas pasadas, ni consideréis las antiguas. He aquí que hago nuevas todas las cosas, que ahora brotarán, y las conoceréis; y para mostrar cuáles son esas nuevas, añadió: Haré en el desierto un camino, y ríos en el lugar seco, para dar de beber a mi pueblo elegido, y al pueblo que adquirí" (Isaías 43, 18).

5. ¿Qué indicaba esto, sino la futura purificación del bautismo? en la cual ya no se marca a nadie con la antigua circuncisión de la carne, sino que solo se lava con la gracia del agua sagrada por la fe. Pero como los hebreos no reciben esta circuncisión del corazón, Jeremías predijo diciendo: "Todas las naciones tienen prepucio, pero toda la casa de Israel está circuncidada de corazón" (Jeremías 9, 26).

6. Pues lo que se lee que el pueblo fue circuncidado por Josué, el segundo líder, para significar que la circuncisión cesó en el desierto, que se practicaba en Egipto, y que por el Señor Salvador los creyentes serían purificados posteriormente por la circuncisión del corazón. Y bien se hace la segunda circuncisión con cuchillos de piedra, porque la roca es Cristo, por quien los creyentes son purgados de todas las seducciones de los vicios mediante la circuncisión espiritual.

## CAPÍTULO XVII. Sobre los sacrificios.

1. Ahora bien, sobre la reprobación del sacrificio antiguo, que sus víctimas han sido rechazadas y se han convertido en abominación, el Señor dice así a través de Isaías: "¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice el Señor. Estoy lleno de holocaustos de carneros, y de la grasa de animales gordos, y no quiero la sangre de bueyes, ni de corderos, ni de machos cabríos. Cuando venís a presentaros ante mí, ¿quién ha demandado esto de vuestras manos, para que andéis en mis atrios? No traigáis más sacrificios vanos; el incienso es abominación para mí. Las lunas nuevas, los Sábados y las festividades vuestras no puedo soportar, son iníquos vuestros encuentros. Mis lunas nuevas y vuestras solemnidades aborreció mi alma; se me han vuelto una carga, estoy cansado de soportarlas, y cuando extendáis vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros, y cuando multipliquéis la oración, no escucharé. Porque vuestras manos están llenas de sangre" (Isaías 1, 11).

2. Asimismo, él mismo sobre los sacrificios de los judíos: "Sus cadáveres se han convertido en estiércol en medio de las calles" (Isaías 5, 25). ¿Qué son estos cadáveres, sino los sacrificios de la ley antigua, que, como ya han sido removidos, se consideran como estiércol desechado? De donde también el mismo profeta dice en otro lugar sobre sus sacrificios: "El que sacrifica un buey es como el que mata a un hombre; el que sacrifica un cordero es como el que decapita a un perro; el que ofrece una ofrenda es como el que ofrece sangre de cerdo; el que recuerda el incienso es como el que bendice a un ídolo" (Isaías 66, 3).

3. Asimismo, Jeremías sobre las víctimas y holocaustos rechazados por el Señor de los judíos: "¿Para qué me traéis incienso de Saba, y caña aromática de tierra lejana? Vuestros holocaustos no son aceptos, y vuestras víctimas no me agradan. Por tanto, así dice el Señor: He aquí que yo pondré tropiezos en este pueblo, y caerán en ellos padres e hijos juntos, vecino y próximo, y perecerán" (Jeremías 6, 20). Mira que sus sacrificios no se recomiendan

por sí mismos carnalmente, sino solo por la obediencia del corazón y la fe, que los incrédulos han perdido.

4. De donde aún el mismo profeta dice: "Añadid vuestros holocaustos a vuestras víctimas, y comed carne, porque no hablé a vuestros padres, ni les mandé el día que los saqué de la tierra de Egipto, sobre el asunto de holocaustos y víctimas. Sino que esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo, y andad en todo lo que os mandé, y os irá bien. Y no escucharon, ni inclinaron su oído, sino que anduvieron en las inclinaciones y en la maldad de su corazón" (Jeremías 7, 21).

5. Asimismo, el mismo que arriba: "Escribiré mis leyes en abundancia, que serán consideradas como extrañas. Ofrecerán sacrificios, inmolarán carne, y comerán, y el Señor no los aceptará. Y después de esto, detestando sus sacrificios: No libarán vino al Señor, ni le agradarán sus sacrificios, como pan de duelo; todos los que lo coman se contaminarán, no entrarán en la casa del Señor" (Oseas 9, 4).

6. Y Joel: "Ha perecido de la casa de vuestro Dios el sacrificio y la libación" (Joel 1, 13). Asimismo, Malaquías: "No tengo complacencia en vosotros, dice el Señor, ni aceptaré ofrenda de vuestra mano. Porque desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece a mi nombre una ofrenda pura, porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor" (Malaquías 1, 13). Con este testimonio se hace evidente que los sacrificios de los judíos son impuros y rechazados, y que solo la ofrenda de las naciones es aceptable al Señor.

#### CAPÍTULO XVIII. Sobre los alimentos.

1. En el libro de los Reyes dice así: "Y vino la palabra del Señor a Elías, diciendo: Levántate, y vete a Sarepta de Sidón, y habita allí. He mandado allí a una mujer viuda que te sustente. Y se levantó, y fue a Sarepta de Sidón; y cuando llegó a la puerta de la ciudad, apareció ante él una mujer viuda, y tomó de ella alimento, y comió" (1 Reyes 17, 8). Entonces Elías, por mandato de Dios, llenó sus vasijas, y se hospedó con aquella extranjera, viviendo de alimentos gentiles, lo cual no sería lícito si la ley no hubiera sido dada espiritualmente.

2. Pues cuando algunas cosas en la ley son condenadas como inmundas en el alimento, sin duda se refieren a los comportamientos de los hombres, porque Dios no admite en sus santos, que están destinados a la vida eterna, lo que se compara en los comportamientos humanos con aquellos animales inmundos. Pues todas las cosas que fueron creadas por Dios en los mismos principios del mundo, por la autoridad de su voz no solo se prueban buenas, sino también muy buenas. Por lo tanto, todo lo que se significa en el género de los animales inmundos se deriva más correctamente en los comportamientos humanos.

#### CAPÍTULO XIX. Sobre los sacramentos de la fe cristiana.

1. Hasta ahora hemos refutado los ritos y celebraciones judías con testimonios divinos; a continuación, abordemos los sacramentos de nuestra fe, manifestando primero que el Testamento de la ley no fue dado solo por causa de los judíos, sino también por todas las naciones. Esto lo testifica el profeta David, diciendo: "Se anunciará al Señor la generación venidera, y anunciarán los cielos su justicia al pueblo que nacerá, al que hizo el Señor" (Salmo 21, 32). Y nuevamente él mismo: "Hasta que anuncien tu brazo a toda generación venidera, tu poder y tu justicia, Dios" (Salmo 70, 18).

2. Y Isaías: "De Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén; y juzgará a las naciones, y reprenderá a muchos pueblos hasta lo más lejano" (Isaías 2, 3). También David en los Salmos: "Entonces dirán entre las naciones: El Señor ha hecho grandes cosas con ellos; el Señor ha hecho grandes cosas con nosotros, y estamos alegres" (Salmo 126, 2). Con estos testimonios se manifiesta que primero fue concedido a los judíos el Testamento de la ley, y después a las naciones; lo cual se les otorgó a ellos porque en él podían conocer a Cristo, a quien los judíos, cegados de mente, de ninguna manera entienden.

CAPÍTULO XX. La Escritura no solo debe entenderse históricamente, sino también místicamente.

1. Que la escritura de la ley no solo debe entenderse históricamente, sino también con sentido místico, es decir, espiritualmente, lo enseña el Señor en los Salmos: "Escuchad, pueblo mío, mi ley; inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca, abriré mi boca en parábolas, hablaré de proposiciones desde el principio" (Salmo 77, 1). Lo cual también confirma el profeta en otro salmo, diciendo: "Inclinaré mi oído a la semejanza, abriré en el salterio mis enigmas" (Salmo 48, 5).

2. Pues en semejanza y enigma se entienden todas las cosas de la ley; el enigma es una semejanza oscura, por la cual se advierte al hombre que aguace su corazón y recurra a entender las cosas interiores. Así también la Sabiduría a través de Salomón dice: "Escribe la ley doblemente y triplemente en tu corazón". Pues la ley se entiende doblemente, para que primero se sienta según la historia, y luego según la inteligencia de los sacramentos. Y se escribe triplemente, cuando no solo se enseña históricamente o místicamente, sino también moralmente, qué debe hacer en cada cosa.

3. De donde también el arca, que fue construida por Noé, se ordena hacer bicameral y tricameral, lo cual dentro de la Iglesia toda la materia de la ley, y la historia tiene lugar, y recibe el sentido místico, y contiene la información de los comportamientos. Pues la ley está escrita en parábolas y enigmas, y las mismas parábolas y proposiciones. De aquí que todas las cosas están ocultas y cerradas para los judíos; quienes, a menos que crean, no pueden llegar a su entendimiento.

CAPÍTULO XXI. Porque los judíos no entienden el Testamento de la ley.

1. Todos estos sacramentos de las Escrituras están sellados, y no entienden lo que leen: leen todo, y no comprenden, tal como el Señor cantó sobre ellos al profeta: «Di,» dice, «a este pueblo: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis; y viendo, veréis, y no conoceréis; porque el corazón de este pueblo se ha engrosado (Isaías VI, 9).» Y de nuevo: «El Señor quitará de Judá y de Jerusalén al fuerte y al valiente, al juez y al profeta, al sabio de los arquitectos, y al prudente del discurso místico (Isaías III, 1).»

2. Dios les ha quitado todo esto, y les ha sellado todos los sacramentos según la dureza de su corazón, para que no entiendan, como lo testifica el mismo Isaías sobre ellos: «Y será,» dice, «para vosotros la visión como las palabras de un libro sellado, que cuando se lo den a alguien que sabe leer, dirá: Léelo, y responderá: No puedo, porque está sellado (Isaías XXIX, 11).» Pero, ¿qué añadió sobre las naciones? En aquel día, dice, los sordos oirán las palabras de este libro, y los ojos de los ciegos verán desde la oscuridad y la penumbra (Ibid., 18).» Porque los misterios de la ley han sido revelados.

3. Pero para los judíos están cerrados, como también dice Daniel: Las palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo de la consumación, hasta que muchos aprendan, y se cumpla la visión, y conozcan todo esto (Dan. XII, 9). Pues el hecho de que el rostro de Moisés estuviera cubierto con un velo cuando descendía del monte con las tablas, significaba que, debido a la ceguera, el pueblo judío no podía reconocer la ley, porque cuando se lee a Moisés, hay un velo puesto sobre su corazón.

CAPÍTULO XXII. Que los judíos, a menos que crean en Cristo, no entenderán las Escrituras.

1. No pueden entender la ley y los profetas, a menos que primero crean en Cristo, como dice Isaías: Si no creéis, no entenderéis; porque el justo vivirá por mi fe, dice el Señor por el profeta (Habacuc II, 4). Por eso Abraham fue hecho padre de las naciones, porque creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 6). Pero aunque ellos sostienen la ley y los profetas, no se les debe perdonar, como testifica Jeremías: «Y el Señor me dijo: Aunque Moisés y Samuel se presentaran ante mí, mi alma no estaría con este pueblo; échalos de mi presencia, y que se vayan (Jerem. XV, 1).»

2. Porque por Moisés se entiende la ley, y por Samuel los profetas. Aunque los judíos los tienen, debido a la impiedad de su error han sido rechazados. Sus obras y justicia sin la fe en Cristo no les sirven de nada, como testifica el Señor por Jeremías: Porque te has olvidado de mí, he aquí que anunciaré tu justicia, y tus obras no te aprovecharán (Isaías LVII, 12).

CAPÍTULO XXIII. Que dos Testamentos han sido dados por Dios.

1. Pero como dos Testamentos, el Nuevo y el Viejo, han sido dados por el Dios omnipotente, Salomón lo declara en el Cantar de los Cantares: En nuestras puertas he guardado para ti todos los frutos nuevos y viejos, hermano mío (Cant. VII, 13). De los cuales también el Señor en el Evangelio dijo: El reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. XIII, 52). Y en otro lugar de la Escritura, Dios promete así: Os daré, dice, la lluvia temprana y tardía, el Viejo Testamento y el Nuevo, y con ambas lluvias os regaré (Deut. XI, 14). Porque la lluvia se entiende como la doctrina de los Testamentos, de donde viene aquello: Que mi palabra sea esperada como la lluvia, y derrame sobre la tierra la lluvia.

CAPÍTULO XXIV. Que la remisión de los pecados sería por el bautismo.

1. Que la purificación de los pecados sería por el bautismo, no por la circuncisión, que fue una forma del bautismo, las voces de las Escrituras lo declaran abiertamente. Isaías, de hecho, predijo el futuro misterio del bautismo a los futuros creyentes, diciendo: Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador (Isaías XII, 3). Con estas palabras, el profeta también muestra al mismo Salvador, de cuyas fuentes predica que se sacarán las aguas de purificación, es decir, de las fuentes de Jesús. Porque en la lengua de los hebreos, este nombre expresa Salvador.

2. Por eso él mismo clamaba: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba (Juan VII, 37). A este sacramento del bautismo, el mismo Isaías invita a los judíos y a las naciones, diciendo: Todos los sedientos, venid a las aguas (Isaías LV, 1). Estas aguas y esta fuente también las anunciaba el Espíritu Santo por Joel, diciendo: Los montes destilarán dulzura, y los collados fluirán leche, y por todos los ríos de Judá correrán aguas, y de la casa del Señor saldrá una fuente, y regará toda la tierra (Joel III, 18), es decir, la universalidad de todas las naciones.

3. De esta fuente también Zacarías dice: En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la ablución de los pecados y de la menstruada (Zacarías XIII, 1). Dime, por favor, ¿cuál es esta fuente abierta, sino aquella en la que todos renacemos, por la cual se purifican los delitos de los pecados, y las inmundicias de la menstruada, es decir, las almas impuras, se lavan en el baño de salvación? De cuyas aguas también el mismo profeta testifica en otro lugar: Y será, dice, en aquel día, que saldrán aguas vivas de Jerusalén, la mitad de ellas hacia el mar oriental, y la mitad de ellas hacia el mar occidental. En aquel día el Señor será uno, y su nombre uno, y toda la tierra volverá hasta el desierto (Zacarías XIV, 8).

4. ¿Cuáles son, pues, estas aguas vivas, sino el bautismo, que vivifica al hombre con la infusión del Espíritu Santo? Pero, ¿por qué se anuncian que salen de Jerusalén, sino porque el Señor, estando en el mismo pueblo, dijo a los discípulos: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19)? Pero la parte media de ellas va hacia el mar oriental, es decir, hacia el pueblo de la circuncisión; y la media hacia el mar occidental, que es hacia el pueblo de las naciones, último en la fe, para que a todos los sedientos se les otorgue, tanto a judíos como a gentiles, que creen en el Señor.

5. De estas aguas aún se dice por el mismo profeta, que salen de la casa del Señor, y crecen en un río, y van hacia el desierto, o hacia el mar Muerto, y todo lo que toquen, vivificará y sanará. Así dice el mismo profeta: «Me volví hacia la puerta de la casa del Señor, y he aquí que el agua salía de debajo del umbral de la casa hacia el oriente. Porque la fachada de la casa miraba hacia el oriente, pero las aguas descendían al lado derecho del templo hacia el sur del altar. Y me volví hacia el camino fuera de la puerta exterior, que miraba hacia el oriente, y he aquí que las aguas fluían del lado derecho (Ezequiel XLVII, 1 y ss.),» es decir, del costado de Cristo.

6. Luego dice: «Y me hizo pasar por las aguas, y me dijo: Estas aguas que salen hacia el oriente, y descienden a las llanuras del desierto, ciertamente hacia las naciones, entrarán en el mar, y saldrán, y las aguas serán sanadas; y toda alma viviente que mire, dondequiera que venga el torrente, vivirá; y habrá muchos peces,» es decir, regenerados. Y añadió: «Después que vengan esas aguas, y sean sanadas, y vivan todas las cosas, dondequiera que venga el torrente. Y estarán sobre él pescadores,» es decir, apóstoles, y doctores, habrá muchas especies de sus peces.

7. Esto dijo para significar la variedad de las naciones que vendrán a la onda del baño; por eso añadió: «Como los peces del gran mar, de multitud inmensa en sus riberas, de cada lado todo árbol frutal, no se marchitará su hoja, y no faltará su fruto, cada mes traerá primicias; porque las aguas saldrán del santuario, y sus frutos serán para alimento, y sus hojas para medicina.»

8. También el profeta Miqueas revela los sacramentos del mismo bautismo bajo la figura del paso del mar, diciendo: «Según el día de tu salida de la tierra de Egipto, les mostraré maravillas, las naciones verán, y se avergonzarán de su fortaleza, pondrán sus manos sobre su boca, sus oídos estarán sordos. Desearán al Señor nuestro Dios, y te temerán. ¿Qué Dios es como tú? que quitas la iniquidad, y pasas por alto el pecado del resto de Israel. Porque es misericordioso, se volverá, y tendrá compasión de nosotros, echará nuestras iniquidades, y arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados (Miqueas VII, 15, 19).»

9. En esta sentencia, el lector notará que se revela manifiestamente el sagrado misterio del bautismo. Según, dice, el día de tu salida de Egipto, les mostraré maravillas, luego los enemigos que siguen, es decir, nuestros pecados pasados, como los egipcios arrojados al mar, así en el bautismo son borrados y extinguidos, así lo pronuncia, diciendo: Porque es misericordioso, se volverá, y tendrá compasión de nosotros. Sumergirá nuestras iniquidades, y arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados.

10. ¿Qué puede ser más claro que este testimonio? ¿Qué más evidente? Porque todo verdadero Israel sale de Egipto por la fe, cuando renuncia al mundo; y entra en el mar Rojo, es decir, el bautismo, marcado con la sangre de Cristo. Entonces los enemigos que siguen perecen, porque inmediatamente los pecados mueren, donde las almas de los regenerados resucitan. También leemos que Aarón fue lavado con agua en prefiguración del bautismo, cuyos hijos, partícipes del sacerdocio paterno, son purificados también con la santificación del agua. (Éxodo XXX, 18; Levítico VIII, 6). Ya entonces esa purificación llevaba la forma del bautismo, cuyo sacramento del baño ahora lava a todo el pueblo de la Iglesia, que es el cuerpo del verdadero y gran sacerdote, para la remisión de los pecados, y, lavadas las inmundicias, son consagrados al culto divino en santificación.

11. El profeta Isaías, de hecho, entre otras cosas, muestra que los pecados de los judíos no pueden ser perdonados, a menos que sean lavados en el bautismo. Porque el Espíritu Santo dice por el mismo profeta: Me he cansado de soportar, si multiplicáis las oraciones, no escucharé; porque vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, sed limpios (Isaías I, 14). Porque por todas las víctimas que el mismo profeta mencionó, por todas las neomenias, y los sábados, y las solemnidades, solo ordenó la purificación del bautismo, y por todas las inmundicias de los pecados, solo el baño de la regeneración, por el cual solo se lavan los pecados.

12. Porque los judíos lo rechazan, que escuchen al Señor amenazándoles por el profeta Ezequiel: «Y vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, haz conocer a Jerusalén sus abominaciones, y dirás: Así dice el Señor: Jerusalén, tu origen y tu nacimiento son de la tierra de Canaán; tu padre era amorreo, y tu madre hitita, y cuando naciste, en el día de tu nacimiento, no fue cortado tu ombligo, y no fuiste lavada con agua para salud (Ezequiel XVI, 1, 3).» Donde se muestra que Jerusalén está en graves pecados, y por eso perecería, porque no fue lavada con agua para salud, que es la plena significación del bautismo. Pero a aquellos que se convierten a Cristo, y son bautizados, así sigue allí la palabra del Señor: Y entré en pacto contigo, dice el Señor, y te lavé con agua, y limpié de ti la sangre, y te ungué con aceite, significando por el pacto el Nuevo Testamento, por el agua y el aceite el bautismo y el crisma.

13. Cuyo bautismo de purificación el Espíritu Santo promete que les será dado por el mismo profeta, diciendo: «Porque os tomaré de entre las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestra tierra, y derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias.» Y, para que reciban el Nuevo Testamento, así sigue: «Y os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros, y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón de carne, y pondré mi espíritu dentro de vosotros, y haré que andéis en mis preceptos, y guardéis mis juicios, y los cumpláis (Ezequiel XXVI, 24).»

CAPÍTULO XXV. Que las naciones deben ser santificadas con el crisma.

1. Porque todas las naciones serían santificadas con el crisma, el Señor habla a Moisés, diciendo: «Toma para ti las mejores especias, y aceite de oliva, y harás de ello un aceite de unción sagrado, un unguento compuesto, y ungirás con él el tabernáculo del testimonio, y el arca del Testamento, y la mesa con sus utensilios, el candelabro y sus utensilios, el altar del incienso, y el del holocausto, y todo lo que pertenece a su culto, y los santificarás, y serán santísimos; quien los toque, será santificado. Ungirás a Aarón y a sus hijos; y los santificarás, para que ejerzan el sacerdocio para mí, y dirás a los hijos de Israel: Este será mi aceite de unción sagrado por vuestras generaciones (Éxodo XXX, 23).»

2. Porque la figura de este primer tabernáculo se lleva al tipo de la Iglesia, cuya diversidad de pueblos es ungida en el testimonio de la santidad, que se figuraba por aquella universalidad de obras, para que, ungidos con la unción del sagrado crisma, todos sean santificados, y santificados se preparen para la gloria de Dios.

CAPÍTULO XXVI. Que por la señal de la cruz los creyentes serían salvados.

1. La figura de la cruz, que marca las frentes de los fieles para la protección de la salvación, se lee demostrada por el profeta Ezequiel: «Y llamó,» dice, «al hombre que estaba vestido de lino, y tenía un tintero de escriba en sus lomos, y le dice: Pasa por en medio de la ciudad, en medio de Jerusalén, y marca con una Tau las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones que se hacen en medio de ella (Ezequiel IX, 3).» Y después de esto añadió: «Pasad por la ciudad, y herid; no perdone vuestro ojo, ni tengáis compasión del anciano, del joven, y de la virgen, del niño, y de las mujeres, matad hasta el exterminio. Pero a todo aquel sobre quien veáis la Tau, no lo matéis (Ibid., 5).»

2. Por lo tanto, debemos entender esta sentencia. La letra Tau muestra la forma de la cruz, cuyo signo son marcados todos aquellos que son liberados de la salida de este mundo; el tipo de la misma fue prefigurado en Egipto por la sangre de aquel cordero blanco e inmaculado, con la cual se señalaban imaginariamente los postes de nuestro cuerpo, para que con razón digamos diciendo: La luz de tu rostro, Señor, ha sido marcada sobre nosotros (Salmo IV, 7).

3. De este signo dice Isaías en persona del Señor: He aquí que vengo, para reunir con todas las naciones, y lenguas, y vendrán, y verán mi gloria, y pondré en ellos una señal (Isaías LXVI, 18), ciertamente de la cruz. Y en otro lugar: Y será, dice, el Señor nombrado en señal eterna, que no será quitada (Isaías LV, 13). Lo que también en otro lugar el mismo profeta quiso significar de Cristo, diciendo: Y levantará una señal en las naciones (Isaías V, 26). Donde muestra que, levantada la señal de la cruz, las naciones vendrían a él, y creerían.

4. La gloria de esta sagrada cruz también está predicha en los Salmos: Decid entre las naciones, el Señor reinó desde el madero. De esta cruz del Señor Jesucristo, así habla el Señor por Ezequiel: «La espada está afilada, y pulida, para que corte víctimas. Está afilada, tú que mueves el cetro de mi Hijo, has cortado el madero, y lo he dado para ser pulido, para que sea sostenido por la mano (Ezequiel XXI, 9).» Con este testimonio se muestra que el Hijo de Dios fue crucificado, y que su signo de la cruz debe ser recibido por todos, es anunciado por la voz divina.

5. La figura de esta cruz compuesta de dos maderos, el mismo Ezequiel la preanuncia figurativamente, diciendo: «Vino a mí la palabra del Señor, diciendo: Y tú, hijo de hombre, toma para ti un madero, y escribe sobre él Judá, y los hijos de Israel sus compañeros, y toma otro madero, y escribe sobre él José, el madero de Efraín, y toda la casa de Israel, y sus

compañeros, y júntalos uno con otro para ti en un solo madero, y serán en unión en tu mano (Ezequiel XXXVII, 16).»

6. Donde se muestra que Judá y Jerusalén deben convertirse en uno, y recibir el signo de la cruz, que fue significado por los dos maderos. Estos son los dos maderos que aquella viuda extranjera, a la que Elías es enviado a alimentar, quería recoger antes de morir. Donde no solo se expresa el nombre del madero, sino también el número de los maderos, el signo de la cruz.

## CAPÍTULO XXVII. Cómo se prefiguró el sacramento de la Eucaristía.

1. Y porque el sacramento del pan y del cáliz sería agradable a Dios en holocausto, no se oculta en los testimonios de las Escrituras. La prefiguración de este sacrificio fue expresada antes en el sacerdocio de Melquisedec. Este sacerdote del Dios altísimo, al bendecir a Abraham, por el misterio del futuro holocausto ofreció pan y vino en sacrificio al Señor. Porque él primero expresó en tipo al Hijo de Dios: a quien el salmista dice en persona del Padre: Antes del lucero te engendré. Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo CIX, 3). Esto es según el rito de este tipo de sacrificio, que también Cristo, perfeccionándolo en su pasión, cumplió, y que también mandó a los apóstoles hacer en su conmemoración.

2. Por lo tanto, los creyentes ya no ofrecen las víctimas judías, como las que ofreció el sacerdote Aarón; sino como las que el mismo Melquisedec, rey de Salem, inmoló, es decir, pan y vino, que es el verdadero sacramento del cuerpo y la sangre del Señor. De lo cual el mismo Señor dice: El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él (Juan IV, 56). El sacramento de este sacrificio también se muestra en Salomón por la inmolación del pan y del vino: «La sabiduría edificó su casa, talló sus siete columnas, inmoló sus víctimas, mezcló su vino, puso su mesa, envió a sus siervos, diciendo: Si alguno es pequeño, venga a mí; y a los insensatos dice: Venid, comed de mi pan, y bebed del vino que he mezclado para vosotros; dejad la insensatez, y viviréis, y andad por los caminos de la prudencia (Proverbios IX, 1).»

3. Por lo tanto, la sabiduría de Dios, Cristo, estableció para sí la casa sagrada de la Iglesia, en la cual sacrificó las ofrendas de su cuerpo, en la cual mezcló el vino de su sangre en el cáliz del sacramento divino, y preparó la mesa, es decir, el altar del Señor, enviando a sus siervos, los apóstoles y doctores, a los insensatos, es decir, a todas las naciones que ignoran al verdadero Dios, diciéndoles: Venid, comed mi pan, y bebed el vino que he mezclado para vosotros; es decir, tomad el alimento del santo cuerpo; y bebed el vino que he mezclado para vosotros, es decir, recibid el cáliz de la sangre sagrada.

4. De cuya gracia, porque las naciones la reciben y los judíos no la merecieron, lo declara el profeta Isaías diciendo: «Así dice el Señor Dios: He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre; he aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed; he aquí que mis siervos se alegrarán, y vosotros seréis confundidos. He aquí que mis siervos se alegrarán por la exultación del corazón, y vosotros clamaréis por el dolor del corazón, y por la contrición del espíritu aullareis, y dejaréis vuestro nombre como juramento a mis elegidos, y el Señor Dios te matará, y a sus siervos, es decir, a los cristianos, los llamará con otro nombre, en el cual quien es bendecido sobre la tierra será bendecido en Dios. Amén (Isaías LXV, 13).»

5. Porque Israel es destruido, un pueblo de entre las naciones sucede. Se les quita el Antiguo Testamento, se nos entrega el Nuevo; se nos concede la gracia del alimento salvador y el cáliz de la sangre de Cristo, mientras ellos se secan de hambre y sed. Y al nuevo pueblo se le cambia el nombre a otro, a saber, Cristiano; y todo lo que ha sucedido resuena con la novedad de la gracia.

### 113 CAPÍTULO XXVIII. Recapitulación de la obra.

1. ¡Oh, lamentable demencia de los infelices judíos! He aquí que no comprenden la venida del Salvador ni por la autoridad del Antiguo Testamento, ni aceptan que ha venido. Leen sobre la conversión de las naciones, y no se confunden en lo más mínimo por su propia reprobación. Aceptan la observancia del sábado, que reconocen como reprobada por el testimonio de las Escrituras. Veneran la circuncisión de la carne, quienes han perdido la pureza del corazón.

2. Nosotros, sin embargo, bajo la gracia, ya reconocemos que todas estas acciones y celebraciones, que eran indicios de lo futuro, se han cumplido. Porque todo lo que se profetizaba de este tipo de sacramento ya lo ha cumplido Cristo, porque no vino a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V, 17). Por lo tanto, con la llegada de la verdad, la sombra ha cesado, y por eso ya no nos circuncidamos carnalmente, porque en el tipo de la circuncisión somos purificados por el sacramento del bautismo prometido. Consideramos superfluo el descanso del sábado, porque mantenemos la esperanza revelada del descanso eterno.

3. No ofrecemos sacrificios de la antigua ley, porque a través de esos sacrificios reconocemos insinuada ya sea la pasión de Cristo, o la mortificación de los vicios carnales. No observamos los ázimos, porque, purgada la malicia de la vida antigua, caminamos en la nueva gracia de la fe. No guardamos las diferencias de alimentos, porque discernimos espiritualmente todas aquellas cosas en las costumbres de los hombres que significaban la diversidad de animales impuros.

4. No celebramos la Pascua con el consumo del cordero, porque nuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolado, quien fue figurado por aquel cordero, que como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante su trasquilador, así no abrió su boca (I Cor. V, 7). No guardamos las neomenias de la luna nueva, porque ya en Cristo somos una nueva criatura, las cosas viejas pasaron, y he aquí que todas son hechas nuevas. No observamos las Scenopegias, es decir, las solemnidades de los tabernáculos, porque el tabernáculo de Dios son sus santos, en quienes habita eternamente.